



VALLEJO-NÁGERA

HACER
MEMORIA

Hacer Memoria es una colección de guías prácticas orientadas a personas de edad adolescente, promovida por la Secretaría de Estado de Memoria Democrática (SEMD) y coordinada por Antonio Lafuente y Francisco Ferrándiz, ambos investigadores del CSIC.

Hacer Memoria representa un esfuerzo amable por hacer más porosas las fronteras entre lo que pasa y lo que nos pasa, entre lo que ocurre en el aula y lo que sucede en la urbe, entre lo que aprendemos en los libros y lo que aprendemos en la vida, entre la necesidad de imaginar el futuro y el imprescindible conocimiento crítico del pasado.

Hemos encargado las guías a personas con conocimiento probado sobre cada uno de los temas. Pero no les hemos pedido que hagan un juicio definitivo de situaciones pretéritas y zanden de una vez lo que pasó. Les hemos pedido que nos enseñen a convivir con asuntos ciertamente tristes, oscuros y latentes del pasado, siempre insidiosos y nunca olvidados.

Nuestra propuesta aspira a presentar un conjunto de textos accesibles y de fácil lectura. Queremos que se usen en los institutos y que sea el alumnado adolescente quien asuma la tarea de construir ese espacio colaborativo, colectivo, abierto, inclusivo, experimental, fragmentario e incompleto que llamamos memoria.

Diseño y maquetación: Rodrigo López Martínez

CRÉDITOS

Edita: Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática



Textos: Salvador Cayuela Sánchez y Paula Arantzazu Ruiz Rodríguez.

Foto portada: Vallejo-Nágera en la ceremonia de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina en 1951.
Fondo Martín Santos Yubero, Archivo Regional Comunidad Madrid, CC-BY-NC-SA 4.0. Catálogo de publicaciones de la Administración General Del Estado.

<https://cpage.mpr.gob.es>

NIPO: 089-22-044-5

ISBN: 978-84-7471-171-4

Fecha de edición: noviembre 2022

QUIÉN HACE ESTA GUÍA

SALVADOR CAYUELA SÁNCHEZ



Es Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia y Doctor en Antropología Social por la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. Es profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Murcia. Sus líneas de investigación principales han sido, entre otras, la biopolítica de la España franquista y de otros regímenes fascistas del siglo XX, la historia y filosofía de la medicina, la antropología filosófica, la sociología y antropología de la salud, y la antropología económica. Entre sus libros escritos y editados podemos destacar *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco (1939-1975)*, 2014; la coedición (junto a Antonio Campillo y Carmen Guillén) del libro *Las (in)seguridades de Europa: una perspectiva crítica*, 2017; o *Foucault y la medicina. La verdad muda del cuerpo*, 2022, coeditado con Paula A. Ruiz.

PAULA ARANTZAZU RUIZ RODRÍGUEZ



Es Doctora en Comunicación Social por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y profesora asociada en el área de Historia de la Ciencia de la Universidad de Murcia. Sus líneas de investigación comprenden la cultura visual y material de la ciencia y, más concretamente, la historia del cine científico y médico. En este campo, ha participado en el volumen *Cuerpos representados. Objetos de ciencia artísticos en España, siglos XVIII-XX*, 2020; y coeditado junto con Salvador Cayuela Sánchez, *Michel Foucault y la medicina. La verdad muda del cuerpo*, 2022. Asimismo, ejerce la crítica cinematográfica en destacados medios de comunicación españoles y de sus últimas publicaciones sobre el ámbito destacan las obras *La paranoia contemporánea. El cine en la sociedad de control*, 2019; y *Zinemaldia 1953-2022. Singularidades del Festival de Donostia / San Sebastián*, 2022.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. LAS TEORÍAS EUGENÉSICAS LLEGAN A ESPAÑA	11
2. LA FORMACIÓN DE UN JOVEN MÉDICO	16
3. PATOLOGIZAR AL ADVERSARIO POLÍTICO	20
4. LA REGENERACIÓN RACIAL DEL <i>NUEVO ESTADO</i>	25
5. LA HERENCIA DE VALLEJO-NÁGERA	29
INICIA TU PROPIO PROYECTO	34
OTROS EJEMPLOS	38
JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR	39
GONZALO RODRÍGUEZ LAFORA	41
MARGARITA SALAS FALGUERAS	43
CONSEJOS	46
RECURSOS	49
INFOGRAFÍA	53

INTRODUCCIÓN

En 1859 el inglés Charles Darwin publicó *El origen de las especies*, sin duda uno de los libros más influyentes de todos los tiempos. En esta obra, el científico planteaba la evolución biológica de las especies a través de la teoría de la selección natural, cuya idea central postulaba la existencia de un único ancestro común del que derivaban todos los seres vivos. La idea era revolucionaria ya que suponía, entre otras muchas cosas, equiparar en cierto sentido al ser humano con el resto de los animales, todos plenamente inscritos en la historia de nuestro planeta. Ahora bien, esta tesis, aceptada de manera general al menos desde los años treinta del siglo XX –aunque con resistencias–, iba a trasladarse al ámbito de las sociedades humanas para argumentar que existían supuestas diferencias esenciales de tipo biológico entre las distintas culturas. Bajo esta perspectiva, la desigualdad entre los grupos humanos se iba a considerar derivada de diferentes estadios evolutivos que permitirían distinguir a los pueblos por su nivel de desarrollo: salvajismo, barbarie y civilización. En un momento en el que Europa –y las élites de origen europeo de las nuevas naciones de América y de otros lugares del mundo– extendía su dominio colonial al resto del planeta, esta ideología tuvo un éxito y una expansión tremenda, pues ayudaría a justificar la imposición de la cultura, las instituciones, la economía y la propia sociedad occidental.

Denominada “evolucionismo” o “darwinismo social”, esta teoría, ya muy extendida desde finales del siglo XIX, afirmaba la existencia de razas inferiores y superiores entre los humanos apoyándose en supuestas hipótesis científicas. Entre sus principales e inmediatas consecuencias, el nacimiento de la eugenesia, una técnica que perseguía mejorar la especie humana interviniendo sobre las alteraciones de la selección natural producidas por las artificiales condiciones



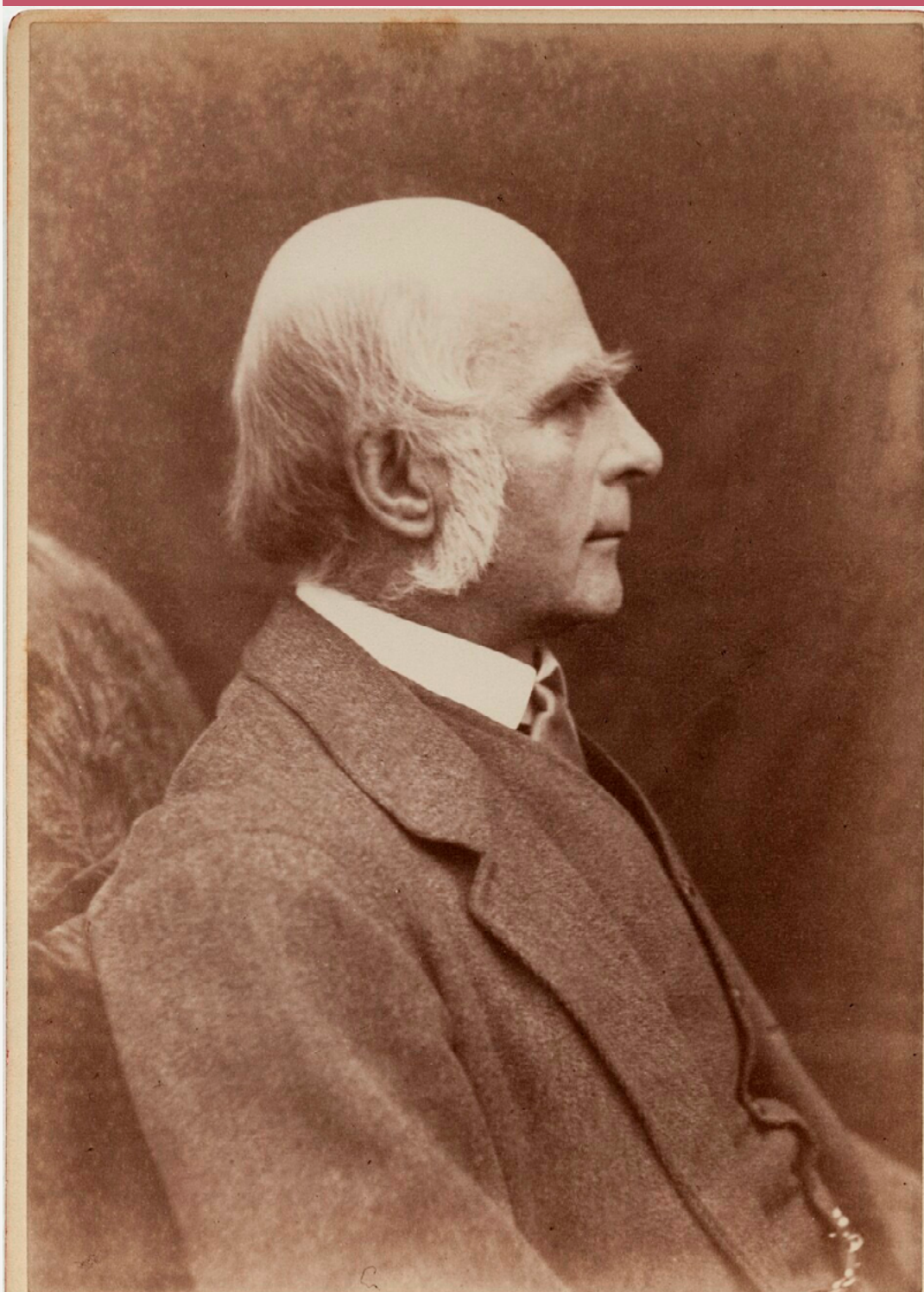
La etiqueta del popular 'Anís del mono' hace referencia a Charles Darwin y su teoría evolucionista. Wikimedia imágenes.

8

de vida de las sociedades industriales modernas. Su base teórica se asentaba en la idea de que, si en la naturaleza solo los seres mejor dotados son capaces de sobrevivir y pueden reproducirse en mayor número, en las sociedades modernas sucede lo contrario: son los peor dotados, los menos inteligentes y los más pobres los que presentan mayores tasas de fecundidad, mientras que las clases dirigentes se reproducen en menor número. Es por eso –decían los eugenistas– que las autoridades han de intervenir en los procesos reproductivos y en la propia sociedad fomentando el nacimiento de los mejores y frenando a la vez el de aquellos individuos considerados biológicamente inferiores. Definida de este modo por Sir Francis Galton –primo de Charles Darwin por cierto–, la eugenesia se iría apoyando en diversas disciplinas y saberes pseudocientíficos cuyo objetivo era supuestamente asegurar la calidad biológica de las poblaciones, impidiendo así su “degeneración”. Mediante técnicas como la esterilización, el consejo prematrimonial, la eutanasia incluso, etc., la eugenesia perseguía pues restaurar en las sociedades modernas ese equilibrio biológico que en la naturaleza estaría asegurado por la lucha por la vida y la supervivencia de los más aptos.

Con el cambio de siglo, y muy especialmente tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918), estas teorías pseudocientíficas calaron todavía más en los países occidentales, muy especialmente en el norte de Europa y América. En Alemania, uno de los países más avanzados del momento, ya en 1905 se crearon sociedades médicas cuyo objetivo principal era velar por la higiene racial del pueblo alemán y que, tras la Gran Guerra, tuvieron una creciente influencia social. En el contexto de entonces, los médicos Alfred Erik Hoche y Karl Binding publicaron una monografía donde defendían la obligación del Estado de legalizar la eutanasia, aduciendo –con argumentos médicos, económicos y jurídicos– que era la única medida capaz de atajar la gradual e inquietante degeneración racial de Alemania. Estos autores fueron de hecho los que elaboraron el concepto de “vidas indignas de ser vividas”, que sirvió para designar a los enfermos mentales crónicos y que más tarde sería utilizada para justificar sus asesinatos en masa, en tanto que enfermos incurables considerados culpables de la degeneración de la raza aria. El propio Adolf Hitler,

A Sir Francis Galton, primo de Charles Darwin, se le considera uno de los padres de la eugenesia. Graham's Art Studios / National Portrait Gallery. CC Attribution 3.0.



Graham's Art Studios

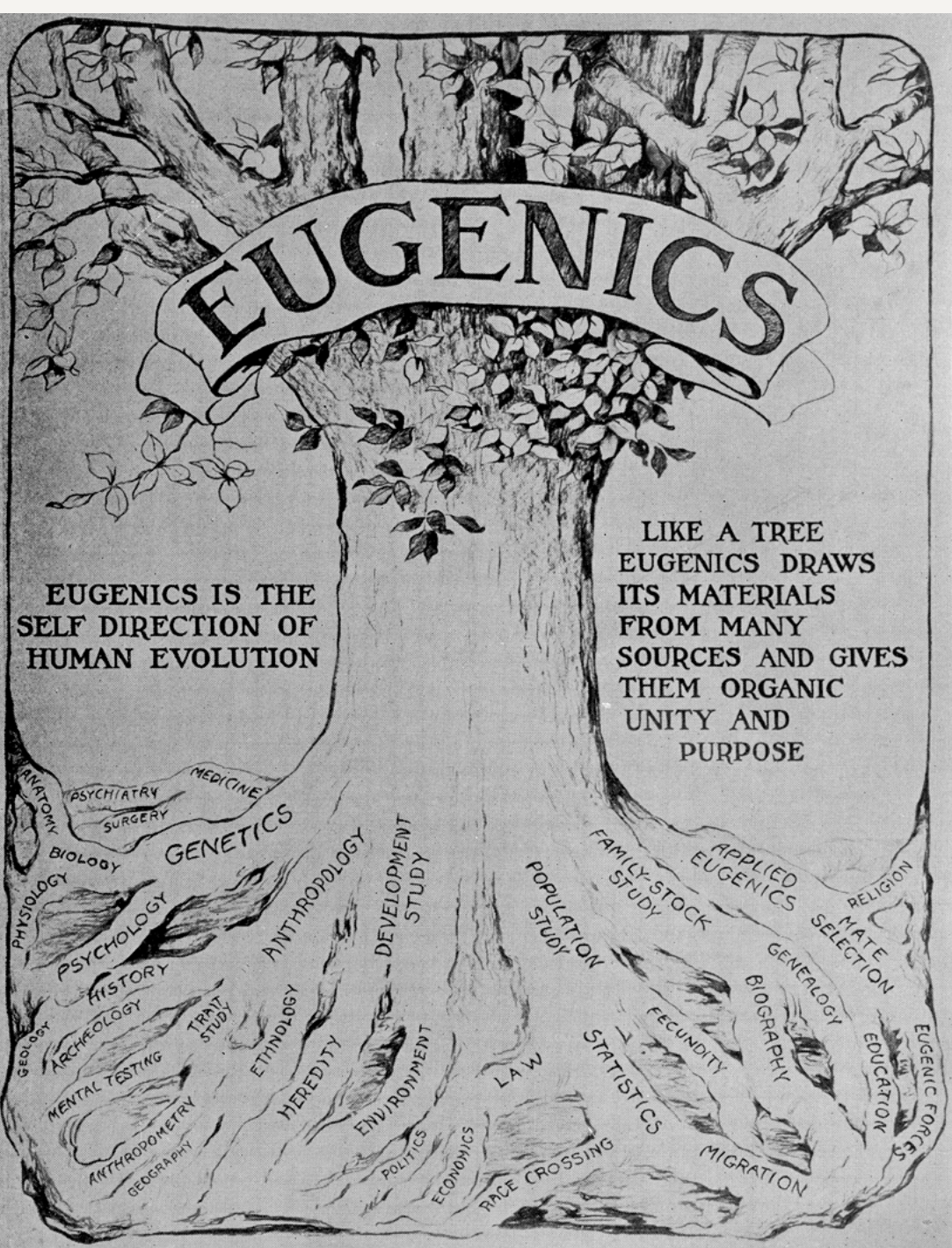
REPRODUCED

LEAMINGTON SPA.

“

En Alemania desde 1905 se crearon sociedades médicas cuyo objetivo principal era velar por la higiene racial del pueblo alemán y que, tras la Gran Guerra, tuvieron una creciente influencia social. En estas posiciones, los médicos Alfred Erik Hoche y Karl Binding publicaron una monografía donde defendían la obligación del Estado de legalizar la eutanasia ”

en su libro *Mein Kampf*, publicado en 1925, se había hecho eco de estos postulados, afirmando que “si en el frente caen los mejores, en casa tenemos que matar a las sabandijas”, apelativo con el que se refería precisamente a los enfermos crónicos y a los discapacitados psíquicos y físicos.



“La eugenesia es la autorregulación de la evolución humana”, indica este cartel que anunciaba el III Congreso Internacional sobre la Eugenesia, celebrado en Nueva York en 1932. Papers of the Third International Congress of Eugenics held at American Museum of Natural History, New York, August 21-23, 1932. Baltimore: The Williams & Watkins company, 1934. Wall panel showing “The Relation of Eugenics to Other Sciences”, based on a paper by Dr. Harry H. Laughlin. Wellcome Library. CC-BY-NC-SA 4.0.

En este sentido, aunque fueron muchos los países que abrazaron estas teorías en aquellos años –y mucho después–, fue el régimen nazi (1933-1945) el que desarrolló en un grado mayor las técnicas eugenésicas. De hecho, se puede afirmar que gobernaron Alemania como un auténtico Estado racial donde la pureza de la raza aria y la adquisición del suficiente “espacio vital” para su desarrollo fueron los auténticos ejes vertebradores de la política nacionalsocialista. Esta ideología racial, fundada sobre los principios del darwinismo social y del denominado biologicismo positivista al que antes nos hemos referido, acabó por postular el encierro y la eliminación de los enfermos crónicos y los discapacitados alemanes, pero también de aquellos individuos considerados “degenerados” por el régimen: los homosexuales, los comunistas, los demócratas, etc. Y por supuesto, de aquellos pensados como miembros de razas inferiores, los judíos, los eslavos, los gitanos, etc., tildados de verdadero peligro biológico que era preciso afrontar para asegurar así la definitiva regeneración racial del pueblo alemán. Todos conocemos los mecanismos encaminados a impedir esa supuesta degeneración racial: esterilizaciones, muertes por eutanasia de enfermos crónicos y discapacitados mentales y físicos, los asesinatos en masa de judíos, gitanos, comunistas, etc.

Junto con esto, y en conexión con la breve genealogía que hemos trazado, nos gustaría destacar dos cuestiones de enorme relevancia para el tema y el personaje que nos va a ocupar en las siguientes páginas. Por un lado, la estrecha y necesaria complicidad del colectivo médico en las atrocidades cometidas durante el régimen nazi, siendo el grupo profesional que –de hecho– se afilió en mayor número y desde sus inicios al propio partido nacionalsocialista. Y, por otro lado y en paralelo, el cuidado de aquellos individuos considerados los mejores representantes de la raza aria, el celo exquisito hacia las cuestiones relativas a la maternidad y la atención de los niños considerados auténticos alemanes. En suma, una serie de políticas médicas encaminadas a la mejora y preservación de la raza aria.

“

... nos gustaría destacar dos cuestiones de enorme relevancia. Por un lado, la estrecha y necesaria complicidad del colectivo médico en las atrocidades cometidas durante el régimen nazi. Y, por otro lado y en paralelo, el cuidado de aquellos individuos considerados los mejores representantes de la raza aria, el celo exquisito hacia las cuestiones relativas a la maternidad y la atención de los niños considerados auténticos alemanes... ”

ENRIQUE D. MADRAZO



PEDAGOGÍA Y EUGENESIA

(CULTIVO DE LA ESPECIE HUMANA)

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESTORES DE HERNANDO
CALLE DEL ARENAL, 11

Los postulados eugenésicos calaron profundamente en la intelectualidad de todo el mundo, incluido España, donde pensadores y médicos como Enrique Madrazo fueron punta de lanza de sus teorías. Portada de "Pedagogia y Eugenesia Cultivo de la especie humana". Colección particular.

Ahora bien, ¿fue esta connivencia y participación necesaria de los médicos y psiquiatras con el régimen nazi una excepción histórica? ¿Existen en otros regímenes fascistas discursos similares sobre la degeneración de la raza? ¿No se han puesto en práctica medidas igualmente encaminadas a "depurar" el cuerpo –biológico– de la nación? ¿Acaso las medidas eugenésicas puestas en funcionamiento por el régimen nazi son absolutamente excepcionales? Y, al contrario, ¿no se activaron en otros regímenes fascistas discursos y mecanismos de supuesta regeneración racial a través del cuidado y el fomento de los individuos considerados mejores exponentes de la raza? Tomando estas preguntas y lo expuesto hasta aquí como punto de partida, en las páginas que siguen nos centraremos en el caso español, para lo cual situaremos como hilo conductor la vida y la obra de uno de los médicos y psiquiatras más relevantes en la España del primer franquismo: Antonio Vallejo-Nágera. Con todo, y antes de afrontar los objetivos principales de este análisis, comenzaremos exponiendo brevemente la introducción de los discursos y medidas eugenésicas en la España del primer tercio del siglo XX. Con ello, pretendemos tanto situar a nuestro protagonista como entender sus relaciones, motivaciones y perspectivas con otros personajes, discursos y acontecimientos de la época.

LAS TEORÍAS EUGENÉSICAS LLEGAN A ESPAÑA

1



Joaquín Costa fue uno de los principales representantes intelectuales del regeneracionismo. Retrato de Joaquín Costa (1913), obra de Victoriano Balasanz. Biblioteca Nacional de España, CC-BY-NC-SA 4.0.

La recepción del discurso eugenésico y de las teorías parapsiquiátricas en España –aquellas que pretenden utilizar la psiquiatría para orientar todo el orden social– coincide con las inquietudes y postulados del movimiento regeneracionista. En este contexto, donde el desastre de 1898 –la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar, Cuba, Puerto Rico y Filipinas– constituyó un momento determinante, los regeneracionistas consideraban que la decadencia hispana derivaba de una sociedad estancada y compuesta por clases poseedoras, corruptas y egoístas, y por un pueblo llano sumido en la pobreza y la ignorancia.

Autores como Joaquín Costa, Macías Picavea o Lucas Mallada utilizaban ya conceptos socialdarwinistas –“cirujano de hierro”, “gérmes de la degeneración”, “razas degradadas”, etc.– para sostener con una cierta terminología científica sus postulados regeneracio-

“

...uno de los creadores del nacionalismo vasco, Sabino Arana Goiri sostiene la necesidad de preservar la “pureza racial vasca”, amenazada por un Estado ateo y moralmente corrupto – el Estado español–, que además inunda de elementos perniciosos de “estirpe africana, afeminada y degenerada” las tierras vascas: a saber, de maketos ”

nistas. Es entonces cuando Enrique Madrazo, gran introductor de las ideas eugenésicas en España, publica en 1904 su *Herencia y Educación. Obras de teatro sobre el cultivo de la especie humana*. En este libro defiende, por un lado, una “eugenesia negativa”, encaminada a localizar y eliminar aquellos grupos de población que amenazan con corromper la salud del cuerpo nacional y que son considerados “enemigos biológicos” de la raza: enfermos mentales y disminuidos físicos, delincuentes o gitanos. Y por otro lado, una “eugenesia positiva”, cuyo principal cometido es estimular la reproducción de los individuos mejor dotados, más aptos e inteligentes. Y es también entonces, por ejemplo, cuando uno de los creadores del nacionalismo vasco, Sabino Arana Goiri –dentro también de esta corriente eugenetista–, sostiene la necesidad de preservar la “pureza racial vasca”, amenazada por un Estado ateo y moralmente corrupto –el Estado español, claro–, que además inunda de elementos perniciosos de “estirpe africana, afeminada y degenerada” las tierras vascas: a saber, de maketos.

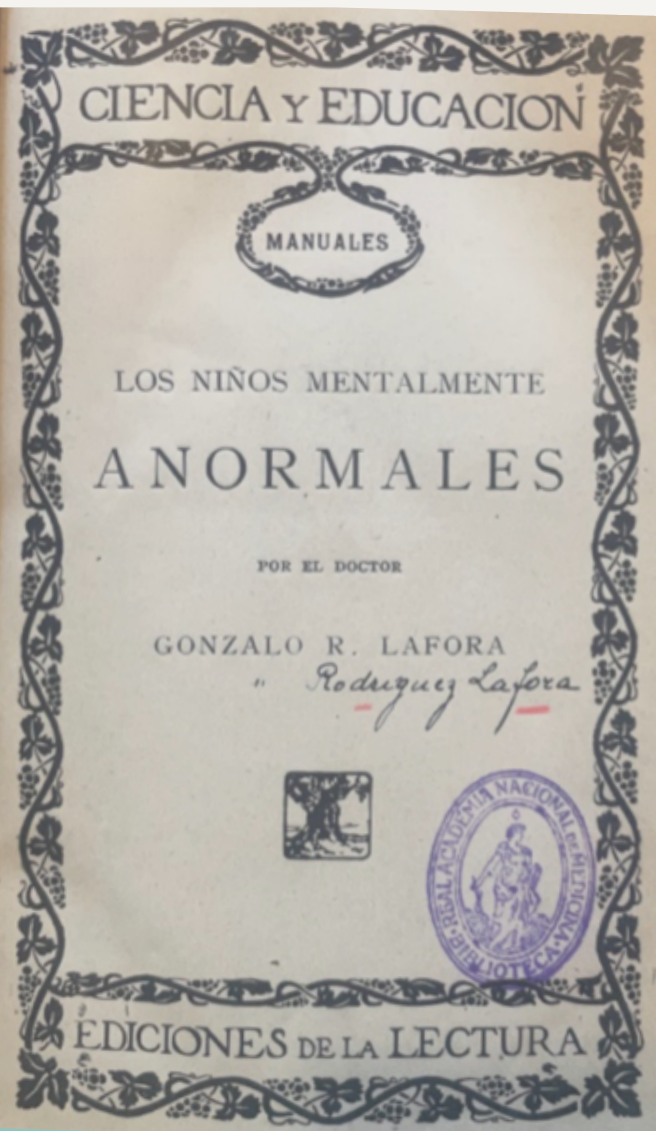


Sabino Arana, uno de los padres del nacionalismo vasco, sostuvo la necesidad de “preservar la pureza racial vasca”. Retrato de Sabino Arana, Archivo Agencia Agustín Villaverde/ Fundación Sancho el Sabio Fundazioa (Vitoria-Gasteiz), CC-BY-NC-SA 4.0.

Encontramos por tanto ya desde la primera década del siglo XX ecos del movimiento eugenésico y del darwinismo social en España, inundando los discursos de disciplinas como la Antropología Criminal, el Derecho Penal, la Medicina Legal y por supuesto la Psiquiatría y la Medicina. También aquí localizamos a otro de los autores de referencia indiscutible dentro de este movimiento, el maestro y paidólogo Luis Huerta Navas, formado en Bélgica, y que además de numerosos artículos en revistas especializadas publicó varios libros clave para la teoría eugénica española. Entre estas publicaciones cabe destacar el libro de 1918 *Eugénica, maternología y puericultura*, cuyo subtítulo, absolutamente esclarecedor, rezaba: *Ensayo de un estudio sobre Estirpicultura o cultivo de la especie humana por las leyes biológicas; o sea, manera científica de engendrar y criar hijos sanos, buenos, listos y hermosos*. O la obra de 1933, *La Doctrina Eugénica*, donde diferencia entre “eugenesia” –como sustantivo– y “eugénica” –la ciencia y el arte de la buena generación–. Para estas definiciones utilizaba Huertas los trabajos de médicos como Enrique Diego Madrazo o el alemán Herman Roheleder, o de pediatras como el francés Adolph Pinard, o del propio Galton, creador de la eugenesia, tal y como se ha señalado anteriormente. La misión de todo este cuerpo teórico era, en suma, advertir la importancia de someter “científicamente” todos esos factores sociales que pueden influir, para bien o para mal, en las cualidades tanto físicas como psíquicas de la raza y de las generaciones futuras.

En esta línea encontramos otro de los grandes programas socio-biológicos de la España anterior a la Guerra Civil (1936-1939), el de Misael Bañuelos, gran representante –junto a Antonio Vallejo-Nágera y el también psiquiatra Juan José López Ibor– de un intento de caracterización biológica de las razas “a la española”. En efecto, para el médico vallisoletano, las razas, incluida la Hispana, conservan una cierta unidad biológica que concede esas “características nacionales” que definen a los pueblos. Con una concepción de la biología fundamentalmente referida en concreto a las características psicológicas –y no a medidas antropométricas clásicas, cuestión importante como después veremos–, Bañuelos cree descubrir en el norte de Castilla un “reducto de la raza nórdica”. Para probar su hipótesis utiliza distintas “pruebas científicas” que van desde el estudio de las características físicas y psíquicas hasta los grupos sanguíneos, demostrando la similitud de los castellanos con otros pueblos nórdicos como los ingleses o alemanes. Ante esta tesitura, las actividades eugenésicas eran absolutamente necesarias para asegurar la “higiene de la raza” y recuperar así la verdadera esencia del pueblo español. Y por supuesto, para conseguirlo la primera y principal medida era controlar la procreación de los más actos y verdaderos representantes de la raza, en detrimento –claro está– de degenerados, mediocres e inferiores de cualquier tipo.

Aquí encontramos, de hecho, otro de los elementos fundamentales del movimiento eugenésico, y no solo en España sino a nivel internacional: la preocupación por ese “porvenir de la raza” y del patrimonio biológico de la nación que suponían los niños. De este modo, la infancia se convierte –y ya desde finales del siglo XIX– en un problema político fundamental, un colectivo “en permanente peligro” –debido a las altas tasas de mortalidad, expuesta a la corrupción moral o al trabajo infantil–, y considerado al tiempo como “peligroso” –cuando puede suponer “anormalidad”, prostitución o delincuencia infantil–. De esta preocupación política se derivaron multitud de leyes e instituciones –la propia Institución Libre de Enseñanza, el Tribunal Titular de Menores, etc.–, así como iniciativas –las “gotas de leche”, los consultorios para lactantes, la inspección médico-escolar, etc.– cuyo principal cometido era “salvar al niño”, asegurando así el porvenir de la patria. Y con ello, claro está, la concepción de la maternidad como un bien nacional que el Estado debe conservar, y una promoción general de la mujer de clase trabajadora, madre y esposa abnegada cuya función de “reguladora y ordenadora” del hogar era fundamental, frente a la despreocupación de un marido habitualmente proyectado al exterior. Unido a todo ello, encontramos la permanente preocupación eugenésica por las conductas procreadoras y la propia sexualidad, un asunto que se convierte ya en el período republicano en una verdadera “cuestión social”.



El cometido de “salvar al niño”, una de las principales preocupaciones de los partidarios de la eugenesia, se tradujo en numerosos libros sobre el estudio de sus tipos biológicos. Colección RANM.



Gregorio Marañón defendió posiciones eugenésicas tratando de conciliar sus teorías con la religión católica. Retrato de Gregorio Marañón, Fondo Martín Santos Yubero, Archivo Regional Comunidad Madrid, CC-BY-NC-SA 4.0.

Todos estos elementos y preocupaciones son constantes en el movimiento regeneracionista y eugenista español, y son, de hecho, transversales a todas las ideologías y discursos políticos de la época. En efecto, su aura de “cientificidad” hacía que muchas de las propuestas eugenistas fueran compartidas por autores abiertamente anticlericales como Madrazo, o conciliadores con el catolicismo, como el propio Gregorio Marañón. Como simpatizantes de la eugenesia también encontramos a intelectuales republicanos de izquierdas como Luis Huerta, Jiménez de Asúa o Rodríguez Lafora; y por supuesto, se dio asimismo una eugenesia de extrema derecha, con Salas Vaca, Vital Aza o el propio Vallejo-Nágera al frente. Muchos de ellos compartían buena parte del programa eugenista: la intervención estatal en el matrimonio y las con-

ductas procreadoras a través del certificado médico prenupcial; el aborto eugenico; la tipificación del delito de contagio venéreo o la supresión de la prostitución reglamentada; la esterilización forzosa de delincuentes y anormales; etc. Algunas de estas medidas fueron aprobadas en el periodo republicano, abolidas muchas de ellas con el inicio del régimen franquista. Con todo, y llegados a este punto, estamos ya en condiciones de adentrarnos y comprender la vida, el pensamiento y la obra de nuestro protagonista aquí, el médico y psiquiatra Antonio Vallejo-Nágera.

LA FORMACIÓN DE UN JOVEN MÉDICO

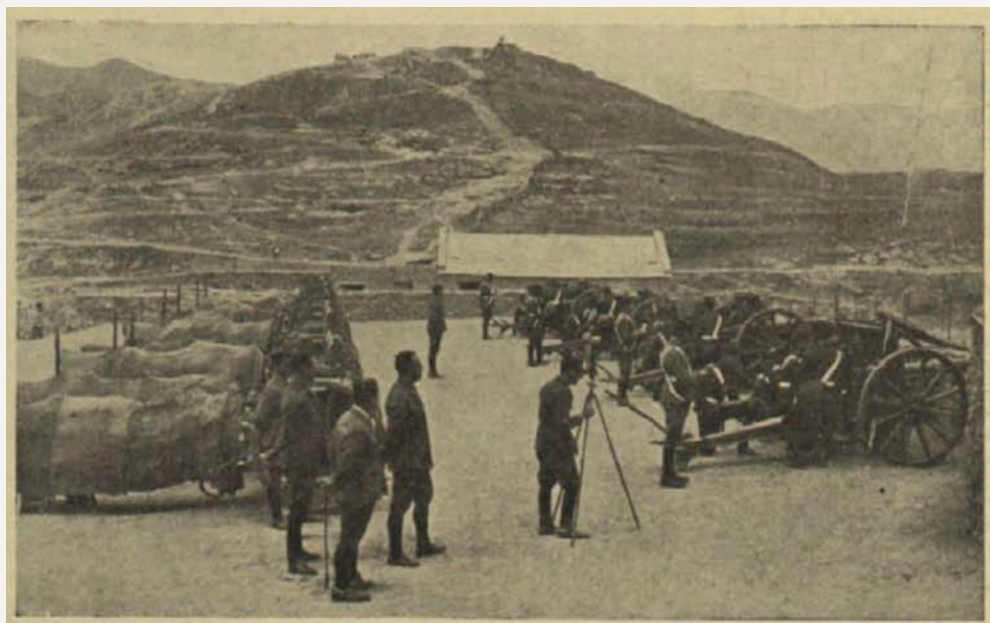
2



Vallejo-Nágera en la ceremonia de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina en 1951. Fondo Martín Santos Yubero, Archivo Regional Comunidad Madrid, CC-BY-NC-SA 4.0.

Antonio Vallejo-Nágera –o Nájera– nació en Paredes de Nava (Palencia) el 20 de julio de 1888. Cursó estudios de medicina en Valladolid, donde se decidió por la especialidad de psiquiatría durante el ejercicio de sus prácticas en el manicomio de esa ciudad. Se licenció en 1909 con veinte años, para ingresar al año siguiente en el cuerpo de Sanidad Militar. Poco después sería destinado a la compañía mixta de Sanidad Militar de Larache (Marruecos), en plena guerra del Rif, donde participó en sendas maniobras militares, donde se valoraron especialmente sus “funciones administrativas en la sanidad” –según rescatan de su hoja de servicios Vinyes, Armengou y Belis en su libro *Los niños perdidos del franquismo*–. Podemos suponer que no se trata este de un acontecimiento menor en la vida y la trayectoria profesional, personal y política del joven médico, especialmente si tenemos en cuenta que Marruecos fue el “campo de pruebas” –si se nos permite– donde se curtieron los oficiales que después llevarían a la península su forma de hacer la guerra. Estamos, en efecto, ante un oficial africano que debió entender bien los códigos del ejército nacional y que sin duda supo moverse entre quienes poco después conspirarían y darían al traste con el gobierno democrático de la II República, agasajado además con méritos y medallas irónicamente conseguidas gracias a las derrotas del ejército español.

A su vuelta de Marruecos, el joven Vallejo-Nágera solicitó el traslado a Barcelona, en concreto al regimiento Numancia nº 11, donde prosiguió estudios con su tío, el también médico y profesor Vallejo Lobón, obteniendo entonces el certificado de conocimiento suficiente de legua alemana. Hecho este importante pues sin duda le facilitó el ser destinado por el Estado Mayor a la comisión militar de la embajada española en Berlín, ya en los estertores de la Primera Guerra Mundial. En Alemania visitó manicomios y hospitales, relacionándose con psiquiatras y psicólogos alemanes como Kraepelin, Schwabe o Gruhle, y muy especialmente Ernst Kretschmer, de cuya obra quedó absolutamente fascinado. Pero además, y en calidad de representante de un país neutral, tuvo la oportunidad de trabajar en los campos alemanes de concentración de prisioneros, circunstancia determinante como veremos después y que le valió para ser condecorado con la Cruz de 1ª Clase del Mérito Militar con Distintivo Blanco a los veintinueve años de edad, y ascender al grado de capitán.



Una batería de artilleros en disposición de hacer fuego, en una imagen captada en 1925 en la región. marroquí de Tafersit. Guerra Marruecos - Rif (1911-1927), “La ilustración del Rif” 5 septiembre 1925 nº1 / Biblioteca Nacional de España, CC-BY-NC-SA 4.0.



El manicomio de Ciempozuelos es una de las entidades psiquiátricas más longevas de las instituciones mentales españolas. Postal Ciempozuelos. Manicomio de los Hermanos de San Juan de Dios. Vista parcial del patio de pensionistas. Archivo Regional Comunidad Madrid, CC-BY-NC-SA 4.0

A su regreso a España, y durante la década de los años veinte, Vallejo-Nágera fue adquiriendo nombre y posición, ascendiendo a comandante médico en 1922 y siendo nombrado por el Estado Mayor ayudante de campo del jefe de sección del Ministerio de Guerra. Ingresaría en la Academia Nacional de Medicina en 1928, para obtener poco después la dirección del Sanatorio Psiquiátrico Militar de San José, en Ciempozuelos (Madrid). Ya en aquellos años, y muy especialmente tras la proclamación de la II República en abril del 1931, Vallejo-Nágera redobla sus escritos en periódicos y revistas, además de dictar conferencias en asociaciones y centros culturales, donde expone a las claras un pensamiento abiertamente reaccionario, germanófilo y claramente defensor de una necesaria “higiene de la raza”. En aquellos años, de hecho, pasa a formar parte del grupo fundado por Ramiro de Maeztu en torno a la revista *Acción Española*, cuya producción estuvo directamente influida por el libro de 1934 de su propio fundador *Defensa de la Hispanidad*.

Es en esta línea de pensamiento donde cabe situar la concepción de la Hispanidad del propio Vallejo-Nágera, donde la raza no vendría determinada por unas supuestas características biológicas o de sangre, ni siquiera geográficas o etnográficas, sino por una religión católica que se piensa como elemento de cohesión de todo un pueblo. Un catolicismo, en efecto, que serviría para vertebrar la ideología autoritaria española, con obvias semejanzas con el fascismo italiano y el nazismo alemán –especialmente en sus elementos antiliberales, antidemócratas y anticomunistas–, pero con diferencias significativas respecto a las medidas eugenésicas y de higiene de la raza defendidas especialmente por el nacionalsocialismo. Vallejo-Nágera, como otros médicos y psiquiatras reaccionarios españoles, era católico, y ello les impedía defender medidas tales como la eliminación física o las esterilizaciones forzosas de discapacitados físicos y psíquicos.

“
Vallejo-Nágera pretendió promulgar una particular “higiene de la raza”, donde el concepto de raza no tendría una base biológica, sino espiritual ”

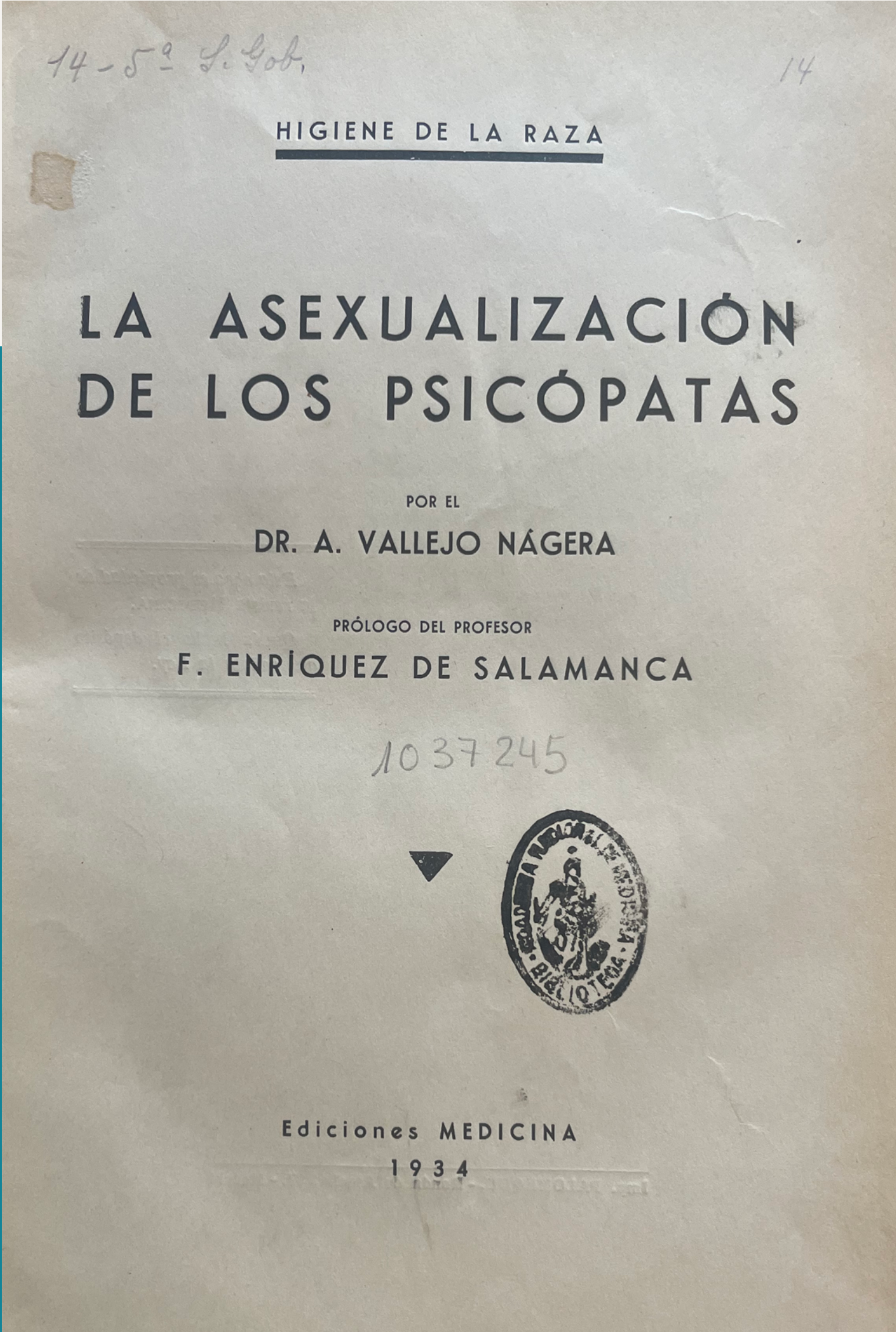
La revista *Acción Española* aglutinó el pensamiento reaccionario español durante los años de la II República.
Biblioteca Nacional de España, CC-BY-NC-SA 4.0.

A pesar de estas aparentes contradicciones, Vallejo-Nágera pretendió promulgar una particular “higiene de la raza”, donde el concepto de raza –arriba lo anunciamos– no tendría una base biológica, sino espiritual. La búsqueda de una nueva sociedad pasaba por tanto por mejorar la raza, pero ello no implicaba apostar –al menos no exclusivamente– por medidas de tipo biológico. Así lo señalaba en su libro de 1934 *La asexualización de los psicópatas*, donde afirmaba que «Tanto o más que las condiciones antropológicas de los progenitores y sus taras genotípicas influyen en la descendencia las ideas morales y culturales del pueblo», convicción desde la que «jamás estaremos autorizados para la aplicación de utópicos principios eugenésicos con merma de los más sagrados derechos naturales del individuo».

Esta identificación de ideas morales y culturales del pueblo y de los derechos naturales del individuo estará siempre presente en la obra de Vallejo-Nágera, claramente marcada por las posturas de la Iglesia sobre el matrimonio cristiano. De ahí su negativa a aceptar medidas eugenésicas “básicas” como el aborto, la contracepción o la esterilización, pues la enfermedad nunca podía ser excusa para la infecundidad. Es por ello que la única vía eugenésica tenía que



contemplar el matrimonio como único lugar de reproducción, limitando las técnicas para la buena crianza de la raza al consejo prematrimonial, y la renuncia al matrimonio y la procreación de aquellos individuos portadores de enfermedades hereditarias. Como veremos en el siguiente apartado, estas convicciones cristianas no impidieron la radicalización de los discursos parapsiquiátricos de Vallejo-Nágera desde el inicio de la Guerra Civil española, y su abierto y decidido apoyo al régimen franquista.



En *La asexualización de los psicópatas*, Vallejo-Nágera apostaba por medidas que no fueran de tipo biológico para su misión de mejora de la raza española. Colección RANM.

PATOLOGIZAR AL ADVERSARIO POLÍTICO

3

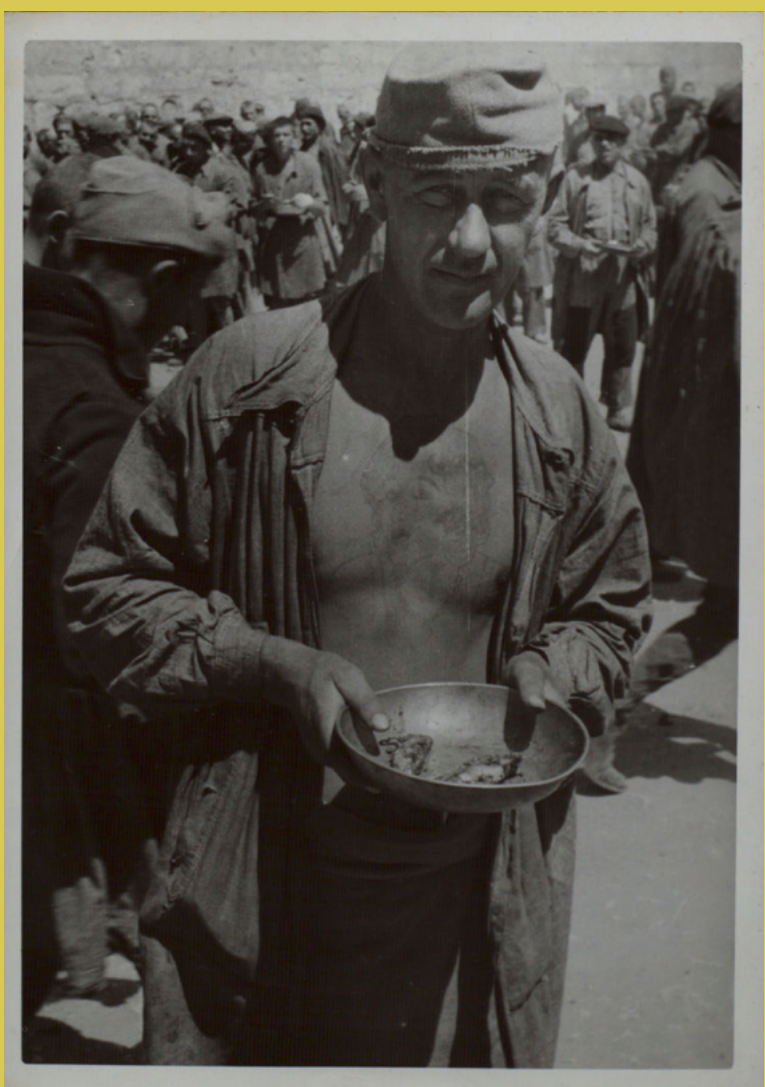
El 18 de julio de 1936 una facción del ejército español se alzó en armas contra el gobierno democrático de la II República, un golpe de Estado que, en su fracaso, supuso el comienzo de una cruenta guerra civil que asoló España durante tres años. Los motivos de este “alzamiento militar” son diversos y muy variados, pero entre los más evidentes cabe señalar: el descontento entre las élites económicas del país ante las reformas emprendidas por el gobierno de la República; las profundas desigualdades sociales; la pérdida de poder de la Iglesia católica en ámbitos como la educación y el creciente anticlericalismo; el descontento de ciertos sectores del ejército; o el auge de los movimientos independentistas en Cataluña y el País Vasco. Todos esos factores, unidos a las consecuencias de la profunda crisis económica de los años treinta y a la relativa inoperancia de los partidos políticos, hicieron crecer la inestabilidad social, con amplios sectores de la población cada vez más violentos y radicalizados a ambos lados del arco político. Ante estas circunstancias, la guerra o al menos un golpe militar podían parecer inminentes, pero cabe preguntarnos aquí el papel jugado por esos médicos y psiquiatras que permanecieron afines al régimen fascista en ciernes, entre los que se encontraba, claro está, Antonio Vallejo-Nágera.

En efecto, todo enfrentamiento militar se funda en una distinción política tan esencial como evidente: la diferenciación entre un “nosotros” y un “otros”. En un sistema de Estados-nación bien definido, esta distinción puede parecer clara y fuera de toda duda: alemanes contra franceses, ingleses contra españoles, italianos contra griegos, etc. Aunque por supuesto estas categorías nacionales son también una cuestión histórica –ningún Estado o nación es un ente eterno, pues todos fueron “creados” en un momento determinado y están destinados eventualmente a desaparecer–, el caso de una guerra civil como la española presenta ciertas particularidades. La primera de las cuales, en efecto, es pensar y construir un “otro” entre aquellos que, por nacionalidad –lengua, cultura, tradiciones, etc.– forma parte del “nosotros”. La pregunta que irrumpe no es baladí: ¿cómo construimos al enemigo desde el compatriota? O mejor aún, ¿cómo convertimos al compatriota en enemigo? Si tenemos en cuenta los

discursos socialdarwinistas, racistas y eugenésicos que hemos venido analizando en las páginas precedentes –teorías recordemos entendidas como “científicas” en la Europa del primer tercio del siglo XX–, la respuesta a este interrogante resulta del todo evidente: convirtiendo al adversario político en un “enemigo biológico”, “patologizándolo” como si de un enfermo contagioso y pernicioso se tratara, caracterizándolo como un elemento anormal y peligroso que amenaza con corromper la pureza de la raza. Esa fue precisamente la labor llevada a cabo por Antonio Vallejo-Nágera –y otros médicos pro-franquistas como el ya citado Juan José López Ibor–: patologizar a los defensores de la República y convertirlos en “enemigos biológicos” de la nación, tumores cancerígenos que era preciso extirpar o al menos controlar para evitar así la degeneración de la raza.

“
Esa fue la labor llevada a cabo por Antonio Vallejo-Nágera: patologizar a los defensores de la República y convertirlos en “enemigos biológicos” de la nación, tumores cancerígenos que era preciso extirpar o al menos controlar para evitar así la degeneración de la raza”

No es de extrañar en este sentido que el propio Vallejo-Nágera, por entonces jefe de los Servicios Psiquiátricos Militares, recibiera una autorización firmada por el propio General Francisco Franco para poner en marcha el Gabinete de Investigaciones Psicológicas, en el verano de 1938, cuyo material de estudio iban a ser los prisioneros de guerra de los campos de concentración franquistas, entre ellos, el de San Pedro de Cardeña, en Burgos. La finalidad de este proyecto era clara: iniciar un programa de investigaciones clínicas en hombres y mujeres capturados por el ejército nacional en su “Cruzada de Liberación”, con el objetivo de estudiar las “raíces biopsíquicas del marxismo”. Esto es, probar que los marxistas y simpatizantes de la República en general –que recibían indiscriminadamente el apelativo de “rojos”– eran sencillamente enfermos mentales. Los resultados de aquel estudio se publicaron un mes y medio más tarde con el título de “Psiquismo del fanático marxista” en la revista *Semana Médica Española*, conclusiones que en realidad se correspondían con las hipótesis de partida. Entre las conclusiones más llamativas de



Prisioneros del campo de San Pedro de Cardena, en 1938. Campos concentración San Pedro Cardena Prisioneros Brigadas internacionales, BNE, CC-BY-NC-SA 4.0.

este estudio cabría destacar, por ejemplo: la supuesta predisposición constitucional de ciertos temperamentos e incluso “figuras corporales” al fanatismo político marxista; o el “hecho” de que «el simplismo del ideario marxista y la igualdad social que propugna favorecen su asimilación por los inferiores mentales y deficientes culturales». Todo ello explicaba, en opinión de Vallejo-Nágera, que se alistaran a las «filas marxistas psicópatas de todos los tipos, preferentemente psicópatas antisociales», debido a la supuesta «antisociabilidad e inmoralidad social», contraria a la moral católica.

Mediante el estudio de ciertas variables como la figura corporal –asténico, atlético, pícnico, etc.–, el temperamento –paranoides, introvertidos, esquizotímicos, etc.–, de la inteligencia o el grado de cultura, los niveles de religiosidad, de patriotismo o los motivos de aislamiento, Vallejo-Nágera y su equipo elaboraron un

discurso pseudocientífico que argumentaba la inferioridad y la degradación social del adversario político. Y todo ello, claro está, con un claro y evidente objetivo: deshumanizar y patologizar a aquellos “que no pensaban como ellos” para justificar así las acciones y políticas de segregación e incluso aniquilación auspiciadas por el nuevo régimen sobre los miembros del bando contrario. Como en la Alemania nazi, aquellos presos y presas políticos, los nacionalistas vascos, los marxistas catalanes, los anarquistas o simplemente los demócratas, pero también los homosexuales o los judíos, fueron despojados de su condición humana, desposeídos de unos derechos que no merecían por formar parte de aquello que se dio en llamar la Anti-España.

Era precisamente esta concepción de los “rojos” como seres degradados lo que le permitía a Vallejo-Nágera incluso llegar a afirmar la diferencia “esencial” entre aquellos soldados que combatían por una “causa antiespañola” –los republicanos, claro está– de aquellos otros defensores de una causa noble y entusiasta –los “nacionales”–. Como explicaba en sus libros *La locura y la guerra. Psicopatología de la Guerra Española* publicado en 1939, y en *Psicosis de Guerra. Estudio Clínico y Estadístico*, de 1942, esa era la causa de que en el bando nacional «apenas se registrasen» casos asimilables a psicosis de guerra, derivados de síndromes psíquicos que se presentan en el «deseo de eludir riesgos y deberes de la guerra». En el ejército republicano, por el contrario, compuesto por psicópatas y neuróticos histerizados, paranoicos y egoístas, el “virus marxista”

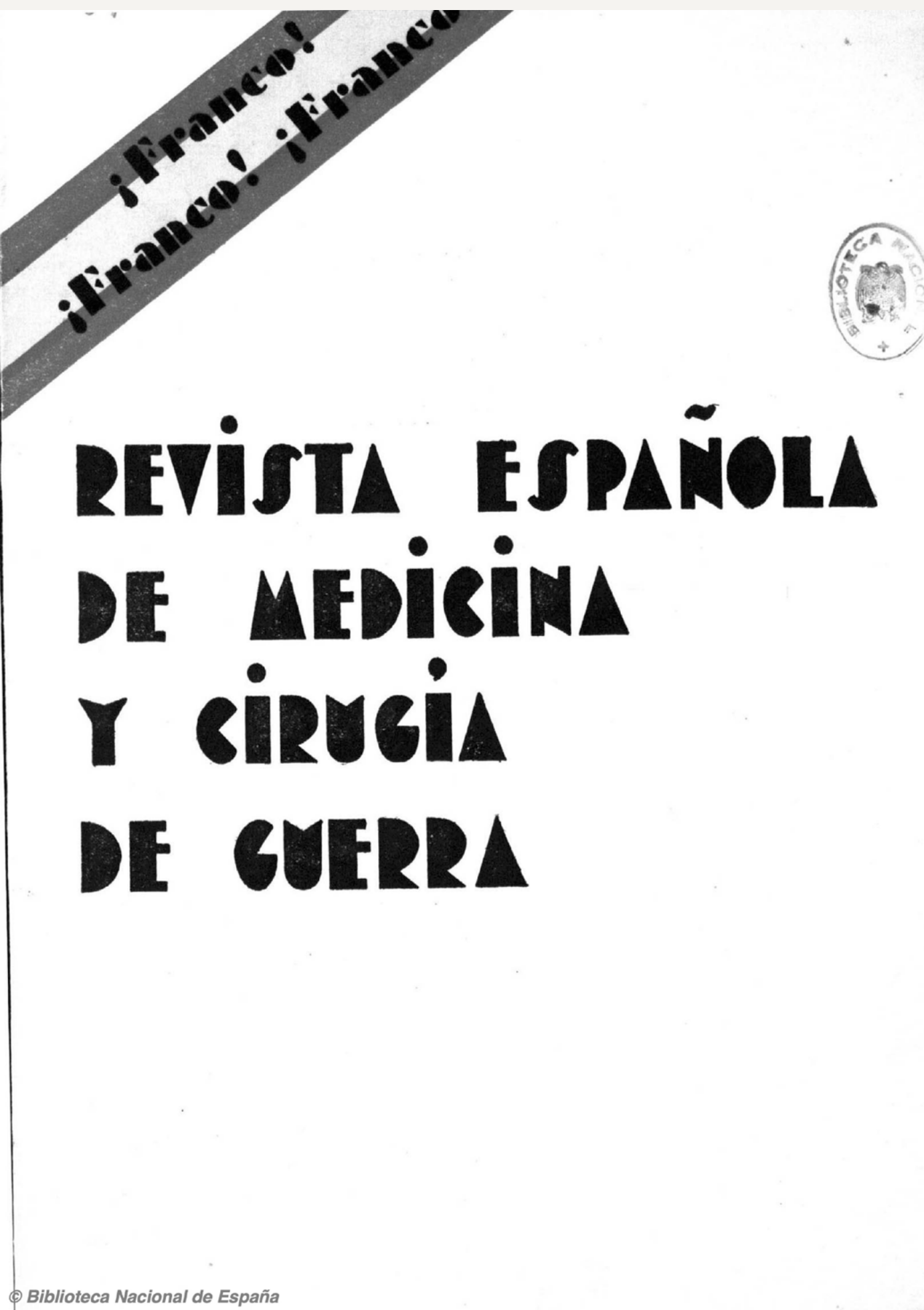
“

Vallejo-Nágera y su equipo elaboraron un discurso que argumentaba la inferioridad y la degradación social del adversario político”

”

que los había contagiado borraba de sus almas todo signo de heroicidad, favoreciendo al tiempo numerosas psicosis de guerra. Además, en una sociedad desinhibida como la republicana, donde se han perturbado las «funciones psíquicas superiores» y se «han dejado en libertad los instintos e impulsos de la más baja animalidad de las muchedumbres humanas», la guerra había supuesto el afloramiento de los «leves rencores añejos» trastocados en los más atroces y monstruosos impulsos de venganza, empujando a los individuos a la comisión de los crímenes más atroces, monstruosos y degenerados.

Vemos pues cómo desde una psiquiatría oficial se legitima el enfrentamiento fratricida y la eliminación de aquellos compatriotas corrompidos por el “virus marxista”, en realidad simplemente partidarios de la democracia. Reducir a más de la mitad de España a la pura animalidad, redibujando las fronteras entre la normalidad y la anormalidad, legitimaba así el nuevo orden proclamado por los golpistas, erigido eso sí sobre las viejas diferencias de clase heredadas de antaño y las desigualdades sostenidas por el orden natural impuesto por Dios en la Tierra. Pero la guerra tan solo era el comienzo, el primer paso para restaurar la “Grandeza de la Patria” y asegurar así la regeneración de la “Raza Hispánica”.



En la *Revista Española de Medicina y Cirugía de Guerra* también se publicaron los estudios que Vallejo-Nágera realizó sobre los prisioneros del campo de concentración. Biblioteca Nacional de España, CC-BY-NC-SA 4.0.

LA REGENERACIÓN
RACIAL DEL
NUEVO ESTADO



Como Enrique González Duro señalara en su libro *Psiquiatría y sociedad autoritaria*, al concluir la Guerra Civil en 1939, la psiquiatría oficial española –aquella que no había sido “depurada” o había partido al exilio– desbordó los límites de su especialidad médica para facilitar un apuntalamiento científico a la ideología triunfadora. Esto fue debido a que, lejos de circunscribirse a su labor de atender y tratar enfermos mentales, se esmeró con ahínco en elaborar una teoría “parapsiquiátrica” o “sociobiológica” que asegurara la higiene de la raza hispánica, además de justificar con argumentos pseudocientíficos el propio “alzamiento militar”. Por supuesto, al frente de esta aventura parapsiquiátrica encontramos, cómo no, a Vallejo-Nágera, cuya obra es la muestra más temprana de una

“

Vallejo-Nágera publicó varios libros encaminados a sentar las bases de la “eubiatría” de la raza española, una higiene racial que enseñara a vivir a las masas, ordenara las medidas eugenésicas respetuosas eso sí con la doctrina cristiana, y permitiera la regeneración vital de España ”

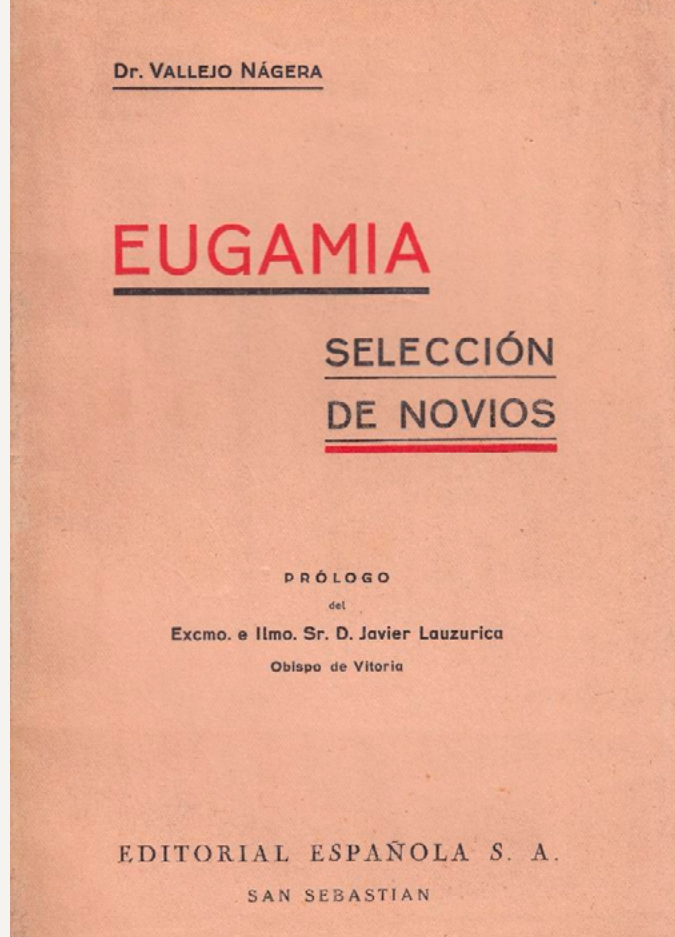
concepción racial típicamente franquista, en muchos sentidos heredera de las doctrinas de higiene racial alemanas –en las que había profundizado en su estancia en Alemania–, al tiempo que respetuosa con la doctrina moral católica y opuesta a las medidas de restricción eugenésica estatal.

Antes incluso de acabar la contienda, Vallejo-Nágera publicó varios libros encaminados a sentar las bases de la “eubiatría” de la raza española, una higiene racial que enseñara a vivir a las masas, ordenara las

medidas eugenésicas respetuosas, eso sí, con la doctrina cristiana, y permitiera la regeneración vital de España. En esta línea las obras fundamentales del médico y psiquiatra palentino son: *Eugenésia de la Hispanidad y Regeneración de la Raza*, de 1937; *Política racial del Nuevo Estado*, de 1938; y *Eugamia. Selección de Novios*, de 1939. En todas ellas Vallejo-Nágera utiliza un concepto de raza fundada –como ya quedó señalado– en la lengua y en la cultura, así como por supuesto en el respeto a las tradiciones y la moral católica. Sin dejar de subrayar la preeminencia de los factores genéticos, señala siempre la importancia de los factores ambientales para la mejora de la raza, pensada como una “comunidad espiritual”. La raza hispánica sería así identificada con la misma Hispanidad, cuyas notas características serían esos supuestos valores aristocráticos y aristocratizantes de la raza castellana, emparentada con la raza nórdica, y exportada a América y otras partes del globo en la época del apogeo imperial. La raza hispánica, pues, no se correspondería con ningún grupo biológico humano –lo que sí sucedía en el nazismo y otras ideologías raciales–, sino con un grupo social y una sociedad bien precisa: la sociedad aristocrática de la era de la caballería y el Imperio.

Profundamente antidemocrático, antiliberal y anticomunista –en conexión ya lo vimos con el fascismo italiano y el nazismo alemán–, Vallejo-Nágera defendía una sociedad organizada mediante una forma de gobierno asentada en la disciplina militar, donde aquellas élites que habían demostrado su valor en el campo de batalla debían ser las encargadas de dirigir la vida nacional del Nuevo Estado. De hecho, Vallejo apuntaba directamente al materialismo capitalista y a la democracia extranjerizante como los verdaderos corruptores de la raza hispánica, un «mefítico ambiente espiritual» que la habría asfixiado «desde que comenzó su extranjerización». Era por ello preciso recuperar los valores de la Hispanidad, el patriotismo, la religiosidad, la austeridad, la responsabilidad moral, los ideales estéticos y éticos del hidalgo español, enarbolados por los representantes de la verdadera España, aquellos –claro está– que habían vencido en la guerra y sobre los que recaía la inexcusable tarea de salvar la patria. Así lo expresaba nuestro psiquiatra: «La aristocracia racial brotará del pueblo ansioso de alcanzar la investidura de selecto. La regeneración de la masa necesita de la autoregeneración del individuo. El autoperfeccionamiento de muchos terminará a la larga por regenerar a la inmensa mayoría».





En *Eugamia. Selección de novios*, Vallejo-Nágera defendía un discurso y unas prácticas eugenésicas y sexuales que convivieran con la moral católica.

Puesto que esta regeneración no podía conseguirse mediante la aplicación de medidas eugenésicas o higienistas de la raza –contrarias como hemos visto a la doctrina cristiana y por tanto a los principios morales y espirituales de la propia Hispanidad–, las principales medidas había que encaminarlas hacia allí mismo donde se había producido su descomposición: a saber, en ese ambiente corrompido por toda una serie de “complejos psicoafectivos” –el rencor, el resentimiento, la envidia, el arribismo ambicioso, etc.– que habían anidado en España desde la conversión de los judíos

“
«La conversión de los apellidados marranos –explica Vallejo-Nágera– fue fingida [y] no modificó el genio de la raza, no transformó la ancestral psicología sionita, sus típicas avaricia, falacia, filisteísmo y maldad [...] Robar, explotar, comerciar, influir subrepticamente en los cargos públicos eran los principales oficios del converso. [Por eso] cuando advino la revolución, disfrazada de república, dice el converso claramente sus propósitos, desarticula los nudos vitales de la sociedad cristiana, asesina, roba, viola, perpetra toda suerte de desmanes». Pero afortunadamente, para salvar a la verdadera España, «vuelven los caballeros cristianos a la palestra, comienza la Santa Cruzada contra los enemigos de Dios y de la Patria, y en cuanto tiene cerca el peligro” huye cobarde el converso, abandonando los desgraciados que arrastró en su loca aventura» ”

al cristianismo. En efecto, para Vallejo-Nágera aquella conversión se había producido de forma «astuta y por conveniencia»: «La conversión de los apellidados marranos fue fingida [y] no modificó el genio de la raza, no transformó la ancestral psicología sionita, sus típicas avaricia, falacia, filisteísmo y maldad [...] Robar, explotar, comerciar, influir subrepticamente en los cargos públicos eran los principales oficios del converso. [Por eso] cuando advino la revolución, disfrazada de república, dice el converso claramente sus propósitos, desarticula los nudos vitales de la sociedad cristiana, asesina, roba, viola, perpetra toda suerte de desmanes». Pero afortunadamente, para salvar a la verdadera España, «vuelven los caballeros cristianos a la palestra, comienza la Santa Cruzada contra los enemigos de Dios y de la Patria, y en cuanto tiene cerca el peligro huye cobarde el converso, abandonando los desgraciados que arrastró en su loca aventura».

Señalando así el aspecto psicopatológico de esos ideales revolucionarios y marxistas –entroncados con la fingida conversión de los judíos en siglos pretéritos– que habían contagiado a la población española, era preciso ahora orquestar las necesarias medidas encaminadas a regenerar la raza. En este sentido, Vallejo-Nágera señala en su *Eugenesia de la Hispanidad* la necesidad de “segregar” a los tarados biológicos y los “parásitos de la sociedad” en penales, asilos y colonias, separados por sexos, al tiempo que apostaba por una eugenesia positiva encaminada a multiplicar los hijos de los selectos y segregar a los débiles. Y ello porque, en efecto: «Necesita la Nueva España de una política racial que engrandezca los biotipos de excelente calidad, para que no quede subyugada la Raza a la masa de inferiores. Orientamos nuestra política racial en un sentido francamente antigenetista y antimaterialista, concediendo mayor importancia a los factores del medio ambiente que puedan dañar al genotipo racial, que a la salud física del último. Requiere la regeneración de la raza una política que neutralice el daño que pueda venirle al plasma germinal de los agentes patógenos, tanto físicos como psíquicos».

En estas líneas podemos advertir además una de las estrategias principales en esa política racial del Nuevo Estado franquista, a saber, la política natal, cuyo punto principal debía ser «estimular la procreación de los superdotados física y psíquicamente; favorecer el desarrollo intelectual del niño y el joven; y crear un medio ambiente

social favorable a la expansión biopsíquica de la raza selecta». Además, para Vallejo, «La guerra impone urgentemente una política natal que corone la victoria, compensando con unas nuevas las vidas perdidas». Puesto que la degeneración de la raza se debía fundamentalmente a la decadencia y perversión del medio ambiente moral, era preciso rescatar la moral y las buenas costumbres, así como fomentar las uniones entre hombres y mujeres excelentes desde un punto de vista tanto moral como genético. Nuestro médico se mostraba en este punto absolutamente partidario del consejo médico prenupcial obligatorio, completado por leyes que impidan el matrimonio entre “tarados”, la lucha contra la esterilidad y el aborto clandestino, las campañas contra la soltería y el fomento del matrimonio entre los menores de veinticinco años. Esta eugamia de la raza hispánica pasaba además por una «educación sexual nacional adecuada a los intereses raciales», acompañada de medidas legales, policiales y disciplinarias encaminadas a reducir el trabajo materno, el reconocimiento de los hijos naturales, o a diseñar efectivas «campañas antipornográficas».

Estos discursos pseudocientíficos legitimaban así mecanismos disciplinarios y de control social sostenidos sobre una definición del adversario político como un enfermo mental, susceptible como tal de ser encerrado, depurado e incluso eliminado. Definida la democracia como hija de los complejos de inferioridad y resentimiento propios de la “mentalidad sionista”, el discurso psiquiátrico de los vencedores, con Vallejo-Nágera a la cabeza, era capaz así de ordenar realidades y legitimar las viejas jerarquías estamentales coronadas por los individuos portadores de los valores raciales de la verdadera España. Como veremos en el siguiente apartado, estas ideas desbordaron sin duda los límites de la teoría, impregnando prácticas políticas y legitimando “científicamente” las prácticas más atroces e inhumanas del régimen franquista.

LA HERENCIA DE VALLEJO-NÁGERA

5



Foto de familia de los participantes en el 1º Congreso Internacional de Psiquiatría, en París en 1950. Fondo Antonio Subirana Oller Collection – Museo Archivo SEN, CC-BY-NC-SA 4.0.

Al concluir la Guerra Civil en 1939, Antonio Vallejo-Nágera se había ganado sin duda un lugar preeminente dentro de la psiquiatría franquista, siendo nombrado primer catedrático numerario español en 1947 en la Universidad Central de Madrid –actual Complutense–, donde desempeñó su labor de profesor hasta un año antes de su muerte, en 1960. E incluso contó con un notable reconocimiento internacional, llegando a presidir el Primer Congreso Internacional de Psiquiatría, celebrado en París en 1950. Con todo, sus mayores logros para la historia de la psiquiatría se reducen hoy a lo expuesto aquí: haber sido uno de los pioneros en el mundo en psiquiatrizar y patologizar al adversario político. Con ello ofrecía a los vencedores y a su tupida red de agentes de control social y represión un paraguas científico con el que justificar tanto el universo penitenciario de la España de la posguerra, como la propia sociedad de la Victoria. Aunque quizá no lo necesitaran, el descubrimiento del “gen rojo” causante de la “enfermedad marxista” debía sin duda limpiar la conciencia de los ejecutores de un régimen llamado a erigirse sobre la eliminación o la represión –lo advertía un general golpista– de “la mitad de la población española”. Los republicanos, los comunistas, los demócratas, los socialistas, en fin, los “rojos”, no solo eran adversarios en el campo de batalla, sino “degenerados”, infrahombres sin ninguna base ética que habían corrompido la pureza de la raza hispana. Era por ello legítimo aniquilarlos, depurarlos, encerrarlos en prisiones improvisadas y dejarlos morir de hambre y frío, robarles sus hijos antes de que se contagiaran también ellos mismos de la enfermedad de sus padres, negarles su propia condición de españoles.

Aunque estas afirmaciones parezcan exageradas, no tenemos más que acercarnos al funcionamiento y los discursos que ordenaban algunas de las instituciones y dispositivos represivos y disciplinarios de aquella España de la postguerra. Pensemos por ejemplo en el Auxilio Social –inicialmente llamado Auxilio de Invierno en clara referencia a la Winterhilfe nazi–, creado en los primeros días de la guerra para ayudar a niños, mujeres y demás personas necesitadas mediante el reparto de alimentos en comedores y en otros centros asistenciales. Si bien esta institución siempre contempló este objetivo inicial, no cabe duda de que en los centros del Auxilio Social se aplicaron los mismos planteamientos que dominaban el sistema penitenciario y concentracionario franquista, donde la “redención” de las madres republicanas y sus hijos era el paso previo para volver a formar parte de la verdadera España. Así, en el Auxilio Social las estrategias eugenésicas tomaron la forma del adoctrinamiento en los valores de la “España eterna” y de tipo asistencial y médico, principales métodos –junto con la pura y simple represión– para depurar un cuerpo nacional corrompido durante la República por los agentes patógenos que transportaban las “hordas marxistas”.

“*«Son características del sexo femenino la labilidad psíquica, la debilidad del equilibrio mental, la menor resistencia a las influencias ambientales [Por eso] en circunstancias anormales, liberadas las inhibiciones frenatrices de las impulsiones instintivas, la mujer supera al hombre en crueldad criminógena [...] El instinto de crueldad no se despierta en la mujer tan fácilmente como en el hombre, pero una vez que se desencadena, sus límites rebasan las posibilidades imaginadas, precisamente por faltarle las inhibiciones inteligentes y lógicas»*”



Instantánea de un centro de Auxilio Social en Madrid, sobre los años 40. Fondo Martín Santos Yubero, Archivo Regional Comunidad Madrid, CC-BY-NC-SA 4.0.

Las mujeres de los vencidos y sus hijos encontraban así en la subordinación y el control espiritual los únicos medios para integrarse en la nueva España, un “ambientalismo” –rechazados los postulados más deterministas de tipo biológico, recordemos– que permitiera a la Iglesia católica atraer al camino recto de la fe cristiana a los “descarriados izquierdistas”. No es de extrañar en este punto que uno de los asesores médicos del Auxilio Social fuera Jesús Ercilla Ortega, un psiquiatra falangista vinculado al grupo de Vallejo-Nágera, pieza clave en la elaboración de toda una serie de discursos sobre la formación de los niños donde la educación y la psiquiatría se daban la mano bajo las concepciones de la “degeneración” de la especie humana y la eugenesia que ya hemos visto aquí. Como ha señalado Ángela Cenarro en *La sonrisa de Falange*, los métodos pedagógicos de Auxilio Social se identificaban pues con esos discursos sobre la higiene social y racial que provenían de finales del siglo XIX,

adaptados ahora al contexto de la sublevación militar. Como vimos en la obra de Vallejo-Nágera, los viejos criterios raciales –que determinaban étnica o biológicamente a los individuos– se cristianizaron, ofreciendo conceptos tan útiles para la regeneración del país como habían sido los consejos de guerra o la masacre de los “paseos”. Acatar o no la norma distinguía a los recuperables de los irrecuperables, ya fueran estos niños o adultos, el paso previo e imprescindible para alcanzar la redención y formar parte de la España de Franco.

Estas teorías y discursos pseudocientíficos eran también fácilmente rastreables en los modelos de mujer a los que aspiraba el régimen franquista y que promulgaban instituciones específicamente orientadas a adoctrinar a las mujeres españolas como el propio Auxilio Social o la Sección Femenina de Falange. Como había señalado Vallejo-Nágera en *La locura y la guerra*, «Son características del sexo femenino la labilidad psíquica, la debilidad del equilibrio mental, la menor resistencia a las influencias ambientales [Por eso] en circunstancias anormales, liberadas las inhibiciones frenatrices de las impulsiones instintivas, la mujer supera al hombre en crueldad cri-



Un grupo de jóvenes levanta el brazo haciendo el saludo franquista en la clausura del curso Escuelas del Hogar del Servicio Social de la fábrica Osram, sobre los años 40. Fondo Martín Santos Yubero, Archivo Regional Comunidad Madrid, CC-BY-NC-SA 4.0.

minógena [...] El instinto de crueldad no se despierta en la mujer tan fácilmente como en el hombre, pero una vez que se desencadena, sus límites rebasan las posibilidades imaginadas, precisamente por faltarle las inhibiciones inteligentes y lógicas». Es por eso que la mujer debía estar sometida al hombre, educada en la fe católica para ser la perfecta “esposa, madre y enfermera”, según rezaba la máxima de la Sección Femenina. La participación en la vida social, por tanto, debía estar reservada al hombre, como el trabajo o los asuntos políticos. A las “camaradas” de la Sección Femenina, además, correspondía controlar y cuidar el alma femenina, contagiada por los principios del ideario marxista durante la etapa de la República, y asegurar su total abnegación al matrimonio y a los postulados pronatalistas del régimen.

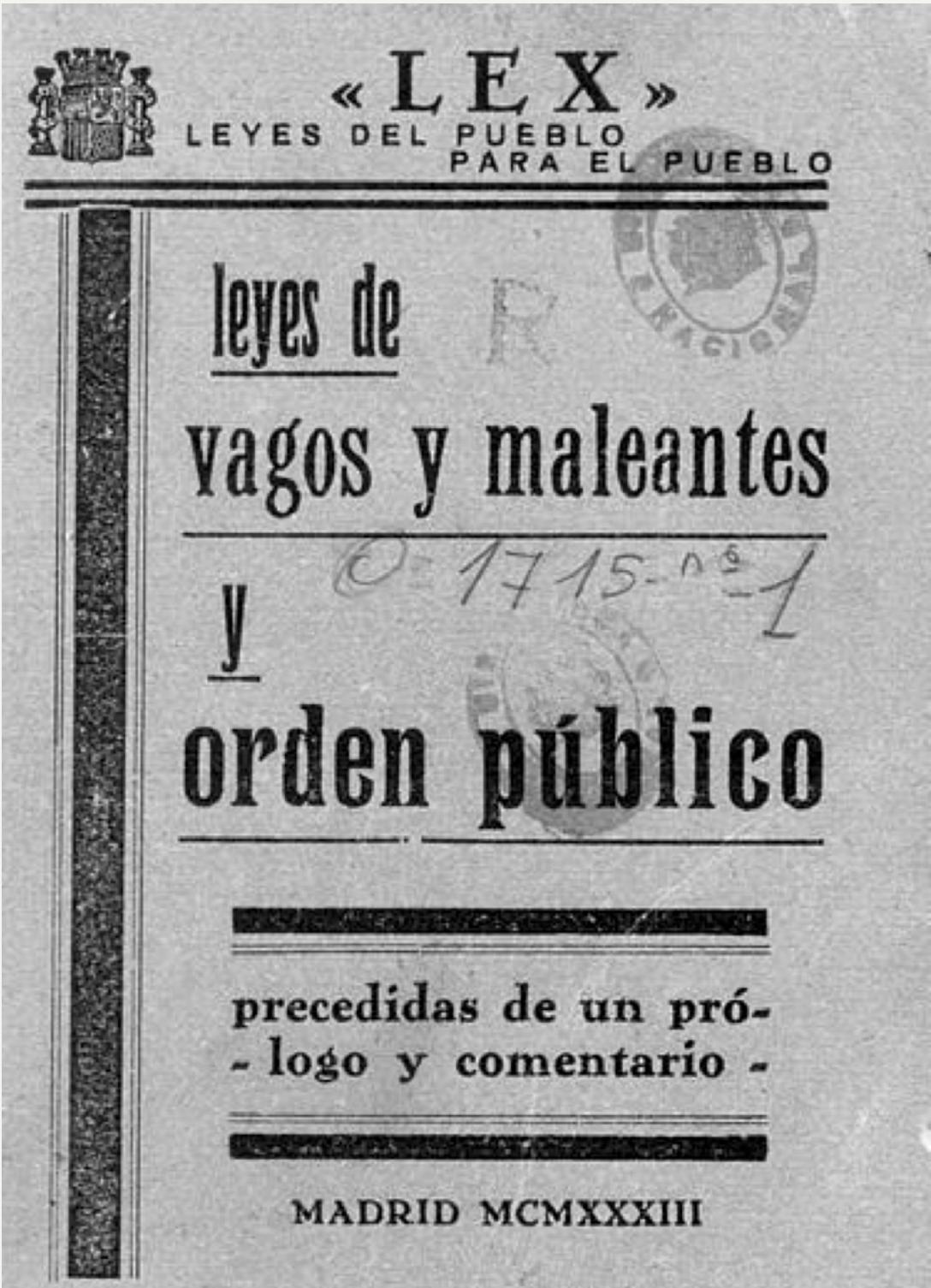
Fue también aquí y con esta misma “legitimación científica” que diversas instituciones –como el propio Auxilio Social– se sintieron legitimadas –incluso “obligadas”– a orquestar una verdadera campaña de rapto de niños y niñas que se extendió durante todo el régimen franquista y hasta los primeros años de la democracia. Desde los hijos e hijas de las madres

encarceladas –republicanas o viudas de combatientes por la República– hasta los huérfanos y niños abandonados, o simplemente los asistidos en los centros del Auxilio Social, todos eran susceptibles de caer en las redes de este “secuestro masivo”. El objetivo era claro, a saber, “reubicar” en familias católicas y adeptas al régimen a todos aquellos niños y niñas que se considerasen en peligro de ser contagiados por el “gen rojo” o que fueran susceptibles de degradación “por las condiciones morales de los padres”. Como han señalado Vinyes, Armengou y Belis en *Los niños perdidos del franquismo*, aquellas sustracciones no fueron en absoluto casos aislados, sino el resultado de un proyecto político de reeducación masiva de los más débiles, incapaces de reacción, aquellos que habían perdido la guerra y que ahora portaban la “semilla de Caín”, así lo había afirmado la ciencia.

Son muchos los ámbitos y las estrategias de disciplinarización y castigo que se nutrieron de los discursos patologizantes del adversario político elaborados por Antonio Vallejo-Nágera y otros psiquiatras y médicos adeptos al régimen. Pensemos por ejemplo en la cuestión de la homosexualidad, una “repugnante tendencia sexual” considerada por Vallejo una “perversión de los instintos”, y que como tal sería tipificaba como delito por ejemplo en la reformulación de la Ley de Vagos y Maleantes de 1953. O en el propio ensañamiento con los vencidos que se practicó durante décadas en esa “inmensa

prisión” en la que se había convertido la España de la posguerra. Aunque como digo resulte ciertamente difícil cuantificar el impacto de las teorías de Vallejo-Nágera en todos aquellos discursos y mecanismos, no cabe duda de que prestó con su obra un apoyo “científico” inestimable a quienes quisieron “regenerar España” con las armas, aniquilar el “gen rojo” de sus gentes, en fin, borrar la historia y la memoria de la democracia.

Portada de un ejemplar de la Ley de vagos y maleantes, reformulada en 1953.



INICIA
TU PROPIO
PROYECTO

Iniciar un proyecto de investigación sobre un personaje famoso o relevante en su área puede parecer un trabajo ingente y de difícil resolución. La pura y simple elección de ese personaje puede revelarse de hecho como algo tremendamente difícil, ¿cómo saber si realmente “vale la pena” rescatar a alguien del olvido, hacerlo presente? A este primer paso, a esta primera elección se llega de hecho tras un recorrido más o menos extenso en el que, en idas y venidas, avances y retrocesos, nos percatamos de la importancia del personaje, relevancia que intuimos al verlo nombrado y citado una y otra vez por unos y otros. Aunque todo ello pueda parecer complicado, esto sucede de la forma más “orgánica” y menos esperada, pues lo más habitual es que sea el propio personaje el que nos encuentre a nosotros. Y entonces sucede eso mágico que nos empuja a investigar: “¡Eureka, lo he encontrado!”. Quizá pienses que esto no es para ti, pero sin duda te equivocas. Tan solo debes aprender a escuchar a tus entrañas, prestar atención a aquello que te conmueve –en positivo o en negativo–, e ir a por ello. Siempre habrá personajes que te interesen, que te apasionen, que despierten tu curiosidad, y ése, querido amigo, querida amiga, es el único impulso que debería guiarnos a la investigación.

Pues bien, tras haber elegido a nuestro o nuestra protagonista, lo siguiente que debemos hacer es situarlo en su contexto, y ello en múltiples perspectivas: en qué años vivió y cuáles fueron las circunstancias históricas que marcaron el periodo; cuál fue su formación, de dónde procedía su familia, tenían recursos, buena posición social; cuáles eran las corrientes de pensamiento, estéticas o científicas –dependiendo del personaje– en sus momentos de formación y madurez; cuál fue su trayectoria personal y profesional, dónde vivió y con quién se relacionó, qué puestos laborales ocupó, etc.; y por supuesto, cuál fue el impacto de su obra, sus teorías o sus posiciones y acciones políticas, sociales, etc. “Yo soy yo y mis circunstancias” decía el filósofo José Ortega y Gasset, y esas circunstancias, y las decisiones que tomamos para manejarlas, hacerles frente o sucumbir a ellas, son lo que nos hace ser lo que somos. O por decirlo de otro modo, “todos somos hijos de nuestro tiempo”, porque lo que somos viene determinado por ese contexto en el que nace-

mos y crecemos, nos formamos, amamos y vivimos. Es por ello que no podemos juzgar con los ojos de nuestro presente momentos pasados, pero sí intentar “ponernos en la piel” de quien fue antes que nosotros, y tratar de comprenderlo. Y, por supuesto, leer e investigar sobre esos contextos, esas circunstancias que hicieron posible que nuestro personaje fuera lo que llegó a ser, con todo lo que nos puede repugnar, y también –por supuesto– todo lo que nos puede agradar y enamorar de él o de ella. Todo esto no implica por supuesto estar de acuerdo con nuestro personaje, ni siquiera sentir simpatía por él o ella. Pero es sin duda el punto de partida desde el que iniciar nuestro recorrido investigador, que después deberá tender, lo máximo posible, a la objetividad.

Tras esto, una nueva pregunta se cierne sobre nosotros, ¿cómo puedo obtener toda esa información? ¿Qué tipo de referencias, archivos, imágenes, artículos o libros puedo consultar para construir al personaje? ¿Dónde puedo encontrar todo eso? Parece entonces que nuestras preguntas no dejan de abrumarnos, pero como en todo en la vida también aquí hay un proceso de aprendizaje, que viene marcado además por “rituales” más o menos codificados –esto es, con unos pasos contruidos por la costumbre– que podemos seguir. Y aquí también “cada maestrillo tiene su librillo”. Mi consejo en esta fase de desarrollo de la investigación es caminar “de mayor a menor”; esto es, comenzar con libros más generales que nos permitan construir el lienzo sobre el que más tarde definir unos objetivos más específicos.

En este caso, trazar las notas idiosincrásicas, acontecimientos o momentos, relaciones, acciones u obras clave del personaje que hayamos decidido investigar. Aunque parezca “poco científico”, un primer buceo por la Red puede resultar tremendamente provechoso aquí, acaso para hacernos una idea de la “popularidad” del personaje, o para advertir que se sabe demasiado poco, lo cual de suyo puede representar claro está un problema añadido. Pero hay que procurar siempre no perder el método: de mayor a menor. Libros de historia general, ir cerrando hacia referencias más precisas y especializadas, biografías si las hubiera son referencia indiscutible, documentos de archivo con los que “mancharse de polvo las manos”... Y la literatura, siempre, pues los libros –los buenos libros, pero también algunos menos buenos– que se escribieron en aquellos años que constituyen el contexto de nuestra investigación nos ayudarán a “oler el ambiente”, imaginar los colores con los que se bañaba la vida de nuestro protagonista, recordar las manifestaciones culturales del momento, el cine; en fin, eso que hoy se llama la “cultura pop”.



Fotografía de Narek75 @ Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0.

Aunque todo ello puede parecer una tarea hercúlea, de esas que tan solo un dios puede acometer, te aseguramos que está al alcance de cualquier humano que tenga eso que los sabios griegos señalaban como el origen del conocimiento: la curiosidad. Curiosidad, claro, y tiempo. Y no olvides aquí la máxima cartesiana: divide las dificultades que examinas en tantas partes como sea posible. Cuando observamos un edificio majestuoso nos olvidamos de que está construido con ladrillos, sillares de piedra, tejas, baldosas, azulejos, piezas intercambiables que se han ido superponiendo hasta componer el bello edificio que tenemos delante. Un trabajo académico, una biografía en este caso, no es demasiado diferente: abrumador si se piensa en el resultado final, en la composición definitiva, pero sin duda factible si se descompone en sus múltiples piezas y estadios, si se construye paso a paso subiendo en escala y complejidad, si se dividen sus múltiples partes para hacerlas, en efecto, realizables. Después de todo, ya lo advertía Machado, el camino se hace andando. Y no pienses demasiado en la meta, pues

sin duda en el recorrido está el placer y el disfrute, y por supuesto el mayor conocimiento.

En estos pasos se irán dibujando las líneas de conexión entre temas, autores, problemáticas, irán apareciendo las preguntas que serán siempre las que guíen tu caminar, esa motivación que te obsesione y que te impida abandonar el trazado. El personaje sobre el que investigas, o el tema, irá apareciendo como una montaña que emerge en la línea del horizonte y hacia la que te diriges al transitar por una carretera. Cada vez discernirás con mayor detalle sus rasgos, podrás ver los picos, las distancias que se adivinan entre barrancos y salientes, las alturas manejables, y también esas imposibles a las que podrías llegar quizá de otro modo, los árboles que pueblan sus laderas, e incluso los animales que te observan y que, a tu llegada, huyen espantados. Pero allí estará, y la habrás hecho tuya, porque la habrás comprendido. Lo mismo sucederá con tu personaje, que podrás amar pero que también te podrá repugnar, al que juzgarás, que entenderás en sus circunstancias, que mostrará oscuridades que quizá no puedas iluminar, ni comprender. Pero como decía el alpinista al mirar el pico del Mont Blanc, ¿cómo no iba a ir si estaba allí? Solo que esta vez el camino habrá sido el tuyo.

OTROS EJEMPLOS

JUAN JOSÉ
LÓPEZ-IBOR

SOLLANA, VALENCIA,
22 DE ABRIL DE 1906,
MADRID,
22 DE ABRIL DE 1991



López Ibor fue, junto con Vallejo-Nágera, uno de los médicos psiquiatras más conocidos de la España franquista Retrato al carboncillo de López Ibor. Antonio Subirana Oller Collection –Museo Archivo SEN.

Hijo de un maestro de escuela turolense emigrado a principios del siglo XX a Sollana (Valencia) – de donde llegaría a ser alcalde–, Juan José López-Ibor es sin duda uno de los médicos psiquiatras más conocidos de la España franquista. Aunque al parecer fue la lectura de un libro de Freud el que marcó su vocación por la psiquiatría, y que incluso llegara a trabajar con el rector de la Universidad de Valencia Juan Peset –político izquierdista durante la II República además de médico, y fusilado por la dictadura franquista al concluir la guerra civil–, López-Ibor pronto mostraría sus simpatías por el “bando nacional” tras el golpe de Estado de 1936. De hecho, durante la guerra se trasladó de Valencia a Pamplona –territorio “nacional”–, afiliándose a Falange y jurando el cargo de consejero nacional del Movimiento en 1939. Como Vallejo-Nágera de formación europea, fundamentalmente alemana, López-Ibor prestó su pluma al “Alzamiento” desde comienzos de la guerra colaborando en periódicos adeptos al nuevo régimen, y construyendo además en aquellos años un auténtico programa parapsiquiátrico al servicio de la “Nueva España” impuesta por las armas.

Aunque sus disputas con otros médicos y psiquiatras del régimen son conocidas –especialmente con Vallejo-Nágera, auténtico capo de la psiquiatría española de la posguerra–, su favor al régimen y sus escritos en defensa de lo que él consideraba la “España eterna” y en contra de esa “Anti-España” republicana que había corrompido la esencia del pueblo español, le valieron el favor del franquismo. Tanto es así que en 1940 fue nombrado profesor de Psiquiatría del recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y jefe del departamento de Neuropsiquiatría del Hospital General de Madrid en 1943. Las cátedras y los puestos de investigación depurados tras la contienda buscaban reemplazo, y aquellos que no habían mostrado tibieza se iban a beneficiar y mucho de ello. Pero además, y esto conviene recordarlo, marcarían el futuro –en este caso– de buena parte de la psiquiatría en España. En este sentido, y junto a Vallejo-Nágera, López-Ibor será uno de los más destacados exponentes de la psiquiatría biologicista del franquismo, teórico desde la “ciencia” de su ideología nacionalcatólica, y que además controlaría –junto al palentino– el acceso de los jóvenes médicos e investigadores a las nuevas cátedras universitarias y puestos de investigación.

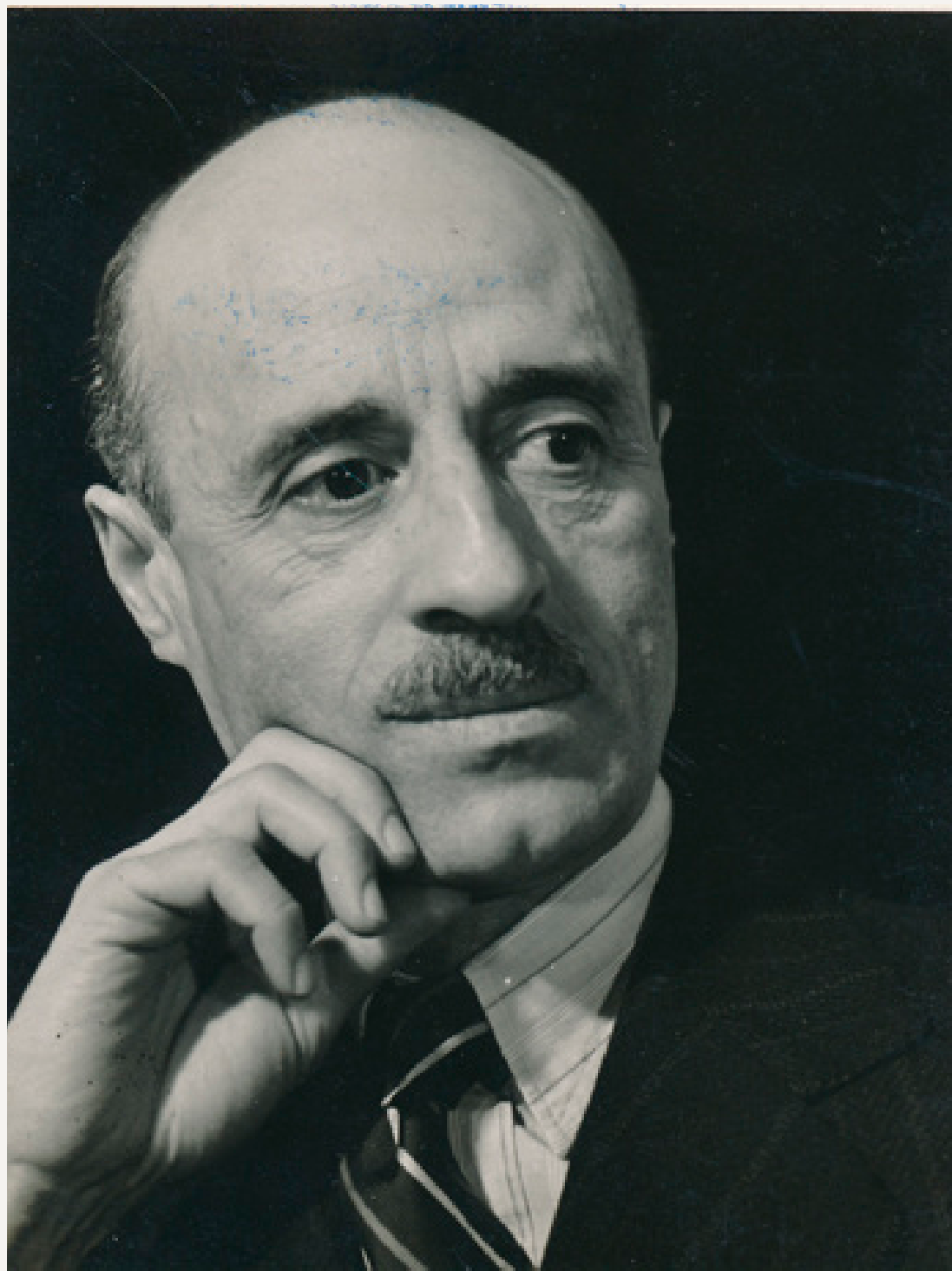
**GONZALO
RODRÍGUEZ LAFORA**

**MADRID,
25 DE JULIO DE 1886,
MADRID,
27 DE DICIEMBRE DE 1971**

Rodríguez Lafora fue un auténtico intelectual y hombre de mundo. Estudió medicina en la Universidad de Madrid, fue asistente en el Instituto Cajal de Neurobiología, disfrutó de una beca de la Junta para Ampliación de Estudios en Múnich (Alemania), e incluso pasó por el Hospital mental de Washington (Estados Unidos) en 1910. En 1912 trabajaría en el Laboratorio de Fisiología Experimental del Sistema Nervioso junto a Santiago Ramón y Cajal –Premio Nobel de Medicina en 1906–. Fue también uno de los primeros difusores del psicoanálisis freudiano en España y varios países de Iberoamérica, teoría que consideraba no obstante tan solo una psicoterapia entre otras y a la que reprochaba por lo demás su pansexualismo y dogmatismo. En 1925 cofundó la prestigiosa revista *Archivos de Neurobiología*, y fundó el Instituto Médico-Pedagógico y el Sanatorio Neuropático de Carabanchel. Ya a comienzos de los años treinta fue nombrado presidente del Consejo Superior Psiquiátrico y director del departamento de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid, periodo en el que además trabó amistad con el filósofo José Ortega y Gasset, con quien colaboró en varios proyectos culturales.

En el caso de Rodríguez Lafora la Guerra Civil no sería una oportunidad de ascenso. Bien al contrario de lo que les había sucedido a Vallejo-Nágera y López-Ibor, el pasado republicano y el carácter público de nuestro protagonista aquí le obligó a emigrar ya en 1938 a México, donde se exiliaría junto a tantos otros médicos, intelectuales, políticos o artistas españoles. Allí ingresó en La Casa de España, institución cuyo cometido era precisamente dar refugio a los intelectuales españoles en el exilio, e impartió varios cursos en las universidades de México, Guadalajara y Morelia. En ese periodo participó activamente en la fundación del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), desarrollando además trabajos de investigación en el laboratorio del Hospital General de la capital. Aunque volvió a España ya en diciembre de 1947, su situación durante la dictadura y hasta su muerte en 1971 fue ciertamente complicada. Como había sucedido con tantos otros partidarios de la democracia en España, Rodríguez Lafora había perdido toda posibilidad de promoción profesional, estando además las cátedras de psiquiatría copadas por médicos adeptos al régimen.

El neuropsiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora fue uno de los discípulos de Ramón y Cajal, además de uno de los introductores del psicoanálisis de Freud en España. Retrato de Gonzalo Rodríguez Lafora, Antonio Subirana Oller Collection –Museo Archivo SEN.



**MARGARITA
SALAS FALGUERAS**

**CANERO, ASTURIAS,
30 DE NOVIEMBRE DE 1938,
MADRID,
7 DE NOVIEMBRE DE 2019**

Margarita Salas estudió en Gijón hasta que marchó a Madrid para realizar las pruebas de acceso a Química y Medicina a los dieciséis años. Fue entonces cuando ingresó en la Facultad de Químicas, conociendo entonces al que sería en 1959 Premio Nobel de Fisiología o Medicina –junto a Arthur Kornberg–, el médico y científico español exiliado en Estados Unidos Severo Ochoa. En 1960 obtuvo la licenciatura en Ciencias Químicas por la Universidad Complutense de Madrid, un hecho absolutamente inusual en un momento en que la mujer seguía teniendo un muy difícil acceso a la educación superior. Con todo, en 1963 Margarita Salas obtendría el doctorado en Ciencias por la misma universidad en la que había cursado sus estudios de licenciatura, bajo la dirección del bioquímico Alberto Sols. Ese mismo año se casaría para partir en 1964 con su marido a Estados Unidos, donde trabajaría como investigadora en la Universidad de Nueva York junto a su mentor Severo Ochoa. Durante aquellos años y en décadas posteriores, la doctora Salas desarrollaría una abrumadora labor científica y cultural, convirtiéndose desde su regreso a España en 1967 en un referente indiscutible en el desarrollo de la biología molecular en nuestro país.

No obstante, en aquella época de formación e incluso a su vuelta de Estados Unidos, Margarita Salas era más conocida por ser esposa de Eladio Viñuelas –químico y biólogo molecular de gran relevancia por sus estudios sobre el virus de la peste porcina africana (VPPA)– que por sus contribuciones a la ciencia. Era un tiempo sin duda complicado para las mujeres, a quienes el régimen franquista les había reservado el papel de “esposas, madres y enfermeras”. También en eso la Guerra Civil había supuesto un paso atrás, y en la España del momento seguía siendo de hecho habitual que el trabajo científico de las mujeres fuera atribuido a los hombres con los que trabajaban. Haciendo gala de un sentido del humor y una valentía encomiables, la doctora Salas afirmaba en este sentido que aquella situación sin duda la beneficiaba, pues así “era más fácil ser la primera”. Quizá por eso Margarita Salas siempre tuvo como uno de sus principales objetivos ayudar a las mujeres y los jóvenes en general en la carrera científica, siendo mentora de muchas científicas y científicos que hoy constituyen sin duda su más loable legado.



Margarita Salas fue una de las grandes científicas de nuestro país, una pionera en el ámbito de las Ciencias Químicas y un referente absoluto en el ámbito de la biología molecular. Margarita Salas y Santiago Grisolía Doctora Honoris Causa UNED en 2011. UNED Universidad Nacional de Educación a Distancia, Creative Commons Attribution 2.0.

CONSE
JOS



¿QUÉ PERSONAJE ESCOJO?

¿QUÉ TEMA ESCOJO?

No te preocupes por el personaje sobre el que investigar, llegará a ti. Escucha a tus entrañas, pues el personaje que más te conmueva será el mejor para investigar, y será tu intuición la que te señale el camino.

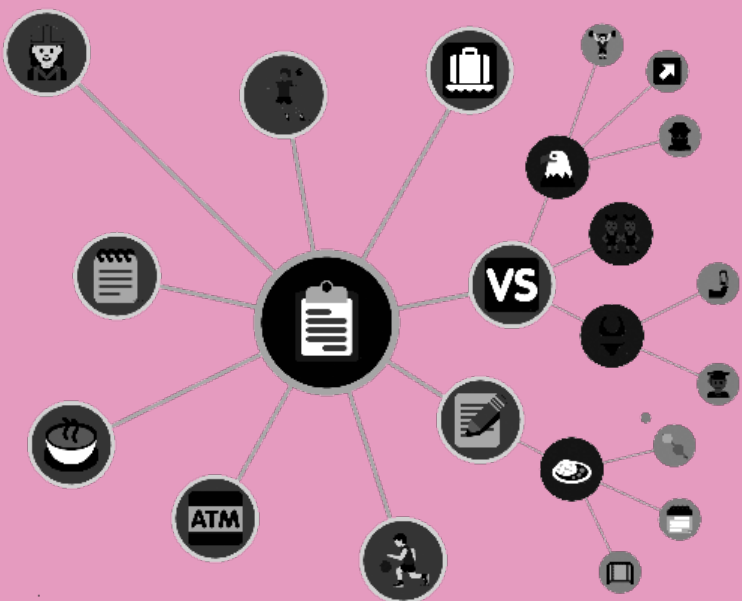


RECOPILA DATOS

Una vez que te topes con el tema inicia la investigación con las diferentes fuentes que están a tu disposición: Wikipedia y la Red en general, artículos científicos, libros, etc. Recuerda que es importante iniciar con el contexto histórico que “arrobe” a tu personaje, y de ahí conectarlo con los acontecimientos en los que te quieras centrar, los discursos, los sucesos, etc.

METODOLOGÍA

Recuerda: de mayor a menor, dividiendo el problema en tantas partes como te sea posible. Es importante también ordenar la información que hemos encontrado, organizarla para que más tarde sea útil y fácil de manejar cuando elabores tu propio texto.

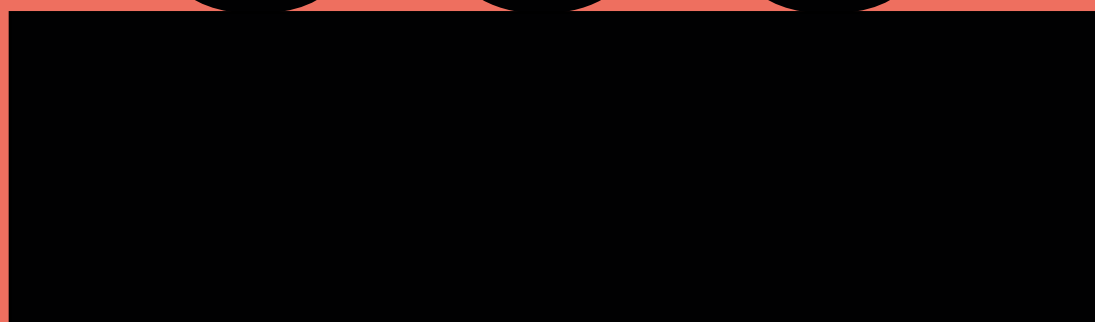


PIENSA EL ÍNDICE



Aunque por supuesto podrá cambiar, es muy aconsejable pensar un índice previo que oriente tu investigación. Ello te permitirá pensar en “huecos” que rellenar con la información que has ido recopilando, como una especie de hilo conductor que te facilitará transitar por el laberinto de los datos compendiados. Y por supuesto, modifica lo que no funcione, incluye o elimina los apartados que no te gusten, que no te parezcan lógicos, o simplemente que no resulten interesantes en el desarrollo del trabajo. Ten siempre presente que es tu camino, solo tuyo, y por eso no solo será único, sino que se amoldará además a tus deseos e inquietudes.

RECUR
SOS



ANTONIO VALLEJO-NÁGERA

https://es.wikipedia.org/wiki/Antonio_Vallejo-N%C3%A1jera



JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR

https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Jos%C3%A9_L%C3%B3pez_Ibor



GONZALO RODRÍGUEZ LAFORA

https://es.wikipedia.org/wiki/Gonzalo_Rodr%C3%ADguez_Lafora



MARGARITA SALAS FALGERAS

https://es.wikipedia.org/wiki/Margarita_Salas

SEVERO OCHOA DE ALBORNÓZ

https://es.wikipedia.org/wiki/Severo_Ochoa

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Ortega_y_Gasset



SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

https://es.wikipedia.org/wiki/Santiago_Ram%C3%B3n_y_Cajal



“LOS NIÑOS PERDIDOS DEL FRANQUISMO”, EL PAÍS

https://elpais.com/diario/2008/12/24/opinion/1230073210_850215.html



“LOS PSIQUIATRAS DE FRANCISCO FRANCO: EL ‘GEN ROJO’, LOS ROBOS DE BEBÉS Y LA REPRESIÓN EN EL DIVÁN A LOS VENCIDOS”, ELDIARIO.ES

https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/memoria-democratica/psiquiatras-francisco-franco-gen-rojo-robos-bebes-represion-divan-vencidos_132_7957544.html



LOS NIÑOS PERDIDOS DEL FRANQUISMO (DOCUMENTAL)

<https://www.youtube.com/watch?v=OWSM5Q9MezY>

<https://www.youtube.com/watch?v=kVoVhvo00sM>



BIBLIOGRAFÍA

CAMPOS, Ricardo y HUERTAS, Rafael. “Medicina mental y eugenesia: los fundamentos ideológicos de la psiquiatría franquista en la obra de Antonio Vallejo-Nágera”, en *Historia del Presente*, nº 20, 2ª época, 2012, pp. 11-21.

CAYUELA SÁNCHEZ, Salvador. *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España franquista. 1939-1975*. Madrid, FCE.

CENARRO, Ángela. *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la Guerra Civil y la posguerra*. Barcelona, Crítica, 2006.

GONZÁLEZ DURO, Enrique. *Psiquiatría y sociedad autoritaria, España 1939-1975*. Madrid, Akal, 1978.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio, *Eugamia. Selección de Novios*. San Sebastián, Editorial Española, 1939.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. “Ilícitud científica de la esterilización eugénica”, en *Acción Española*, Tomo 1, nº 2, 1932, pp. 142-154.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. “Psiquismo del Fanatismo marxista”, en *Semana Médica Española*, Año I, nº 6, 1938, pp. 172-180.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. *Divagaciones Intrascendentes*. Valladolid, Talleres Tipográficos Cuesta, 1938.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. *Eugenesia de la Hispanidad y Regeneración de la Raza*. Burgos, Editora Nacional, 1937.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. *La locura y la guerra. Psicopatología de la Guerra Española*. Valladolid, Santarén, 1939.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. *Política Racial del Nuevo Estado*. San Sebastián, Editorial Española, 1938.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. *Psicopatología de la conducta antisocial*. San Sebastián, Editorial Española, 1938.

VALLEJO-NÁGERA, Antonio. *Psicosis de Guerra. Estudio Clínico y Estadístico*. Madrid, Morata, 1942.

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco. *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*. Madrid, Akal, 2009.

VINYES, Ricard; ARMENGOU, Montse y BELIS, Ricard. *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona, Plaza & Janés, 2002.

HACER MEMORIA

VALLEJO-NÁGERA

La obra de Antonio Vallejo-Nágera es uno de los mejores ejemplos de ese movimiento de patologización del adversario político que, desde la medicina y la psiquiatría del siglo XX, pretendió justificar las mayores violencias e incluso el aniquilamiento físico de los supuestos “enemigos de la raza”.



DESINTOXICAR LA RAZA

Desde finales del siglo XIX, el darwinismo social se había convertido en una teoría muy extendida en toda Europa que defendía la existencia de razas superiores e inferiores, apoyándose en supuestas hipótesis científicas. Así nació la eugenesia, una política que prometió asegurar la calidad biológica de las poblaciones impidiendo su degeneración. Antonio Vallejo-Nágera es uno de los mayores exponentes del movimiento eugenésico español. Sus convicciones católicas, sin embargo, le impedían defender medidas tales como la esterilización forzosa o el aborto eugenico.

Los discursos parapsiquiátricos y pseudocientíficos de Vallejo-Nágera legitimaron la represión de esa “mitad de la población española” que no pensaba como los vencedores. Tras la guerra, todas las instituciones operaban según esa ideología y adoctrinaban en los supuestos valores de la “España eterna”. Las mujeres y los niños de los vencidos que acudían al Auxilio Social tuvieron que subordinarse para poder integrarse al nuevo orden. No acatar la norma podía suponer que les robaran unos hijos expuestos, se argumentaba, al contagio por la misma enfermedad de sus padres.

NIÑOS DEL RÉGIMEN

Desde el comienzo de la Guerra Civil española, Vallejo-Nágera se propuso probar la existencia de un “gen rojo” capaz de predisponer biológicamente a ciertos individuos al “fanatismo político marxista”. Los *rojos* serían, según esta teoría, individuos degradados y degenerados que amenazaban con corromper el cuerpo biológico de la nación. Desposeídos así de su plena condición humana, su eliminación o curación estaría legitimada “científicamente”. La guerra era un dispositivo terapéutico: un mecanismo imprescindible que aseguraba la regeneración de la Raza Hispánica.

PATOLOGIZAR AL ROJO



AUTORES



Salvador Cayuela Sánchez, es Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia y Doctor en Antropología Social por la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. Es profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Murcia. Sus líneas de investigación principales han sido los estudios biopolíticos, la historia y filosofía de la medicina, y la antropología de la salud.



Paula Arantzazu Ruiz Rodríguez, es Doctora en Comunicación Social por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Es profesora asociada en el Área de Historia de la Ciencia de la Universidad de Murcia. Sus líneas de investigación comprenden la cultura visual y material de la ciencia y, más concretamente, la historia del cine científico y médico.

